

NIPPUR

DE LAGASH

LOS REYES SIN CORONA

ROBIN WOOD
LUCHO OLIVERA
SERGIO MULKO
CARLOS LEOPARDI



50
ANIVERSARIO

Vol 21

LOS REYES SIN CORONA

LA MANO DE FUEGO

EL GENERAL Y SU EJÉRCITO

EL HOMBRE QUE MATÓ A

SITULLAH

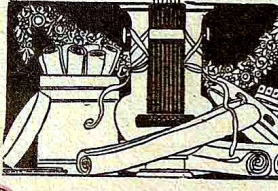
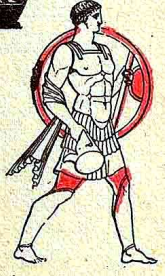
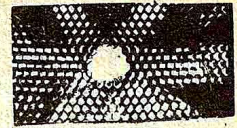
EL RICO Y LOS POBRESLA

DANZARINA DEL TORO

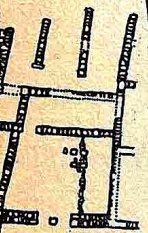
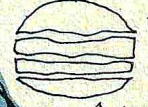
LOS GEMELOS

NIPPUR DE LAGASH

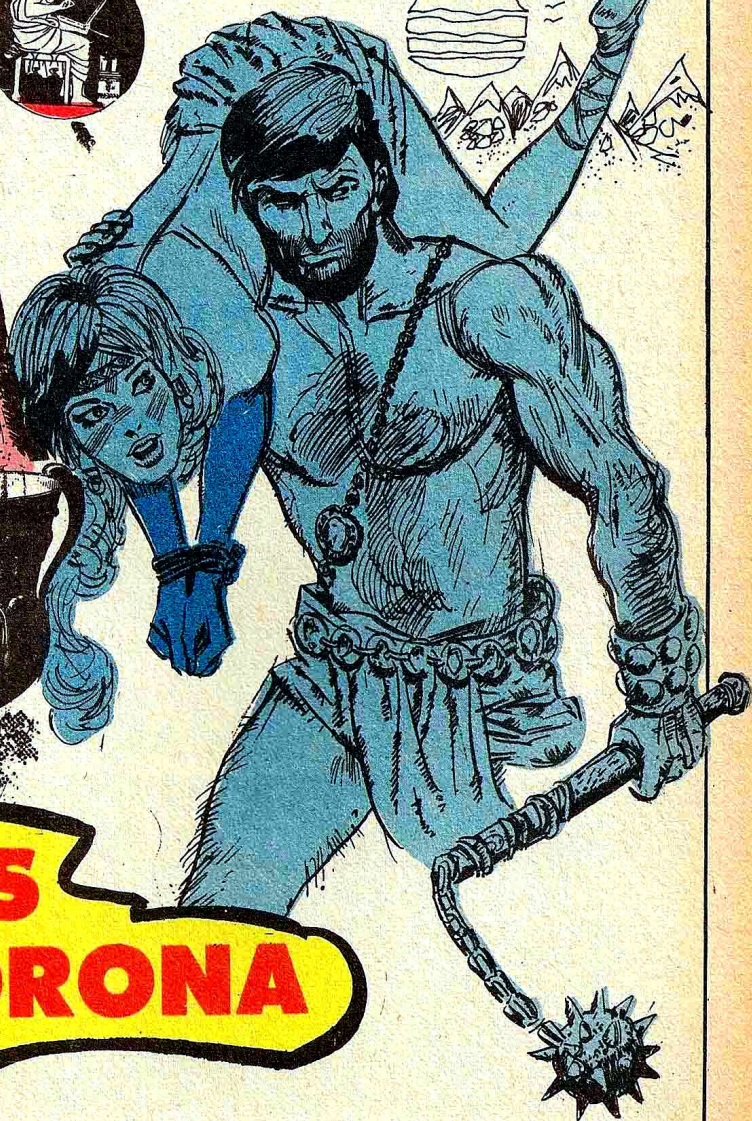
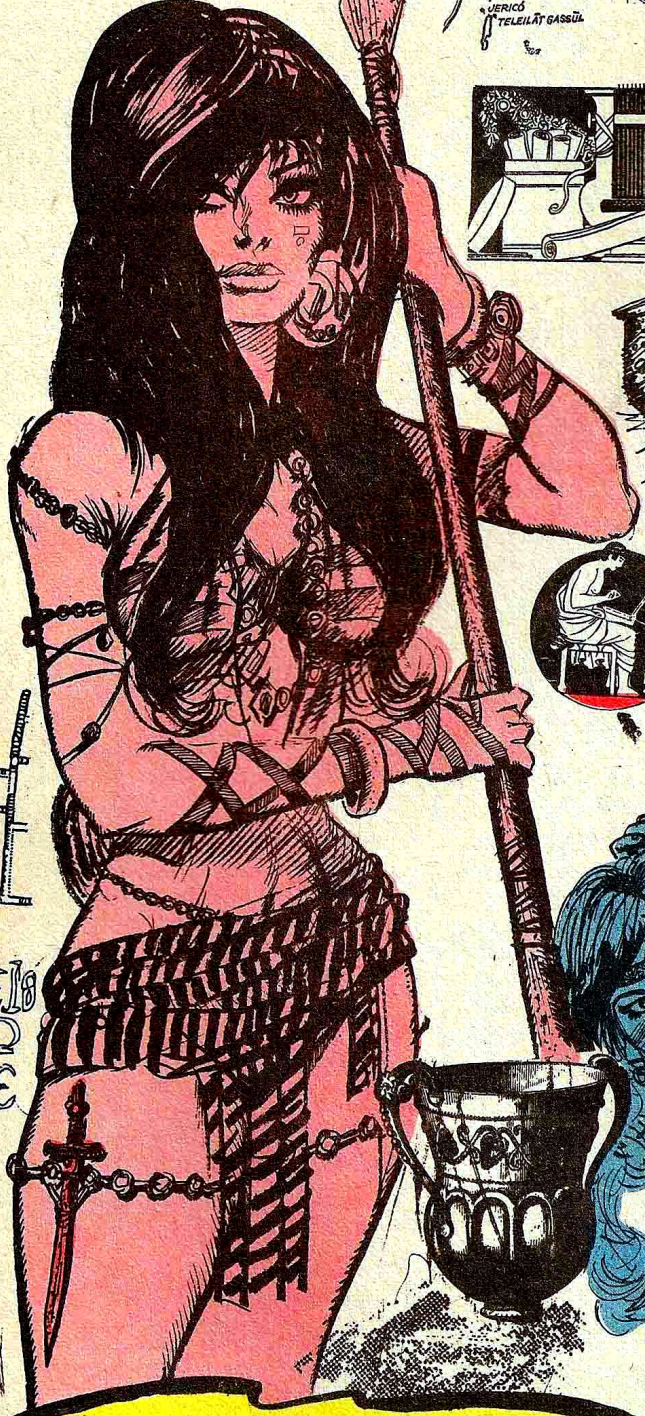
(E-133)



302EAK-1103911



ΚΙΘΕΙΩ
ΩΦΩ
ΗΛΒΕ

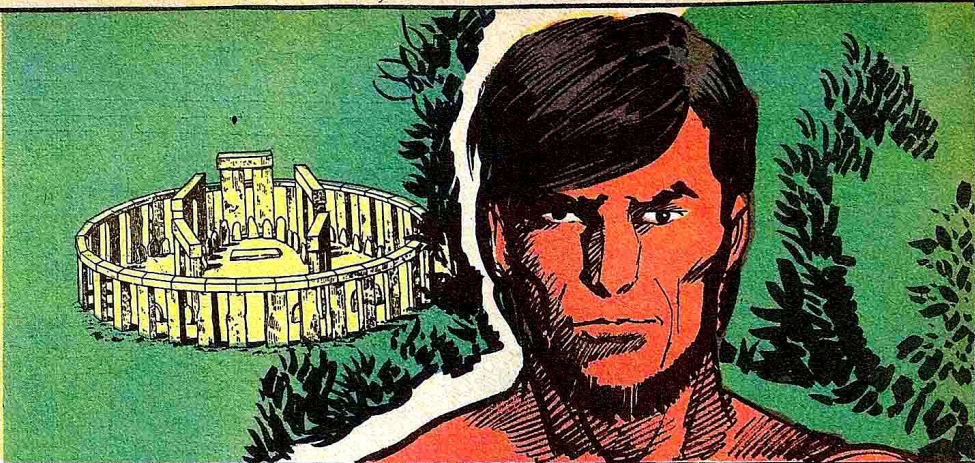


LOS REYES SIN CORONA

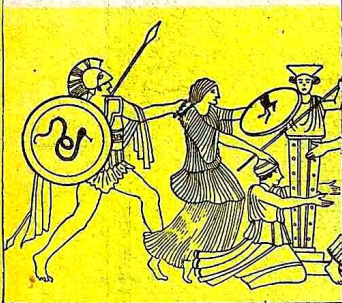
Por ROBIN WOOD

Dibujos de LUCHO OLIVERA

Hoy me he detenido a pensar. Eso no es tan absurdo como parece, amigo que me escuchas. Los hombres pasamos por la vida como piedras en una pendiente. A veces sin dejar un rastro; otras, provocando avalanchas de tal magnitud que toda la tierra cambia su relieve. Hay hombres que son como montañas y otros que son como ciénagas. Y muchísimos que son simplemente como lluvia, de la cual no se siente su goteo pero que terminan por erosionar todo, ahogando al pantano y desmoronando la montaña.



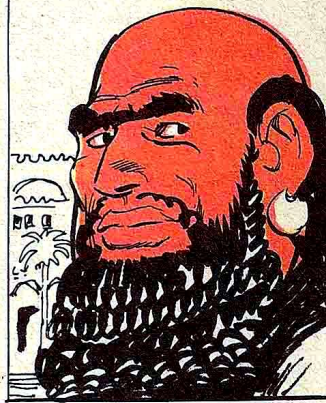
Hoy me he detenido y he mirado a Sumeria y me he espantado ante el confuso y atroz caos que desgarró la tierra de los dos ríos. He mirado desde una colina las cien ciudades en cada una de las cuales un príncipe lucha con uñas y dientes por sus codicias diarias.



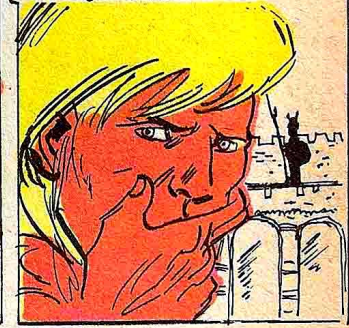
Sukanor, el guerrero, sueña con imponer su corona a toda Sumeria para el bien de ella. Eso es lo que él cree. Pero, cuántos príncipes han traído muerte y desgracia cubiertos con el manto piadoso de sus buenas intenciones.



Luggal-Zaggizi, el tirano de Umma y amo sangriento de mi Lagash continúa gobernando con látigo y fuego, enfermo de codicia y de poder.



En la tierra de Merem, Ur-El protege sus fronteras con un círculo de lanzas y el joven alegre que fuera mi compañero de aventuras se ha convertido en un monarca sombrío y sin risas que gobierna sobre tabletas de arcilla y cadáveres sangrientos.



Aneleh reina sobre su ciudad de Arar con mano férrea y ha debido aumentar sus impuestos para poder pagar a los soldados que la defienden. Ella, que enfrentó a los tiranos, ha tenido que convertirse a su vez en uno.



En Egipto, el joven Akhenamon es faraón y me cuesta reconciliar el recuerdo de un muchacho de ojos oscuros embobado con relatos guerreros con el de este joven gobernante que, ebrio de poder, ha comenzado a labrarse una leyenda de crimen y crueldad.



Teseo palidece en su palacio de Atenas, sin alegría y sin luces, pálido y envejecido, con el espectro de Hipólito gimiendo en los rincones de su castillo de piedra como un perro fiel y lacerante. Hay guerra civil en el Atica pero él ya no tiene fuerzas para imponer la paz.



Y yo, soberano de mis sandalias, monarca de mis caminos, señor todopoderoso de mi caballo, vasallo de mi estómago, verdugo de mis nostalgias y benefactor de mis sueños, desde esta colina de Sumeria contemplo este increíble caos y me pregunto si no fui tal vez el más astuto de los hombres cuando di la espalda a los tronos y me esclavicé con el viento sin barreras de los hombres libres.



Dejad a los reyes sus banquetes en palacios de mármol. Dad al viejo Nippur su fuego y su pobre comida en las planicies abiertas. Dejad a los reyes el esplendor y el boato de las cortes. El viejo Nippur ríe con su caballo y canta con el agua de los ríos y los ojos de las muchachas desconocidas.

Dejad a los reyes la gloria. Dad al viejo Nippur la alegría de vivir y un botijo de vino. Los dioses saben quién es el más afortunado.



(Y hablando de vino... Se ha acabado...)



(Allá veo una hoguera. Tal vez un viajero que quiera cambiar un poco de vino por carne seca... No cuesta nada probar.)



El hombretón estaba sentado ante su hoguera haciendo girar un trozo de carne sobre las brasas. Tenía un rostro humorístico, grandes brazos de luchador y a pesar de sus ropas de pieles no era un campesino. Su espada y sus ojos eran los de un guerrero.

¿Vino? No solamente vino, amigo. También hay carne y frutas si te apeas. Los viajeros deben saber dar. Un día desearán recibir. Mi nombre es Arthos.



¿Qué haces por aquí? Por tu acento diría que vienes del norte.



¿Dónde es "aquí"? No tengo la más remota idea de dónde me encuentro. Mi caballo es quien me lleva y afortunadamente no habla. Es yegua y por lo tanto, si pudiera hacerlo, no se detendría nunca.



Arthos me habló un poco de su vida. Era soldado a sueldo en tiempos de guerra y gracias a la estupidez de los reyes nunca le faltaba trabajo; pero ahora descansaba.

Tengo oro y mientras lo tenga no pasaré privaciones. Y mientras no pase privaciones, ¿para qué preocuparme?



Me gustó aquel indolente guerrero, feliz sobre su hoguera y su futuro incierto. Era casi como haberme encontrado con mi propia imagen reflejada en una superficie de agua.



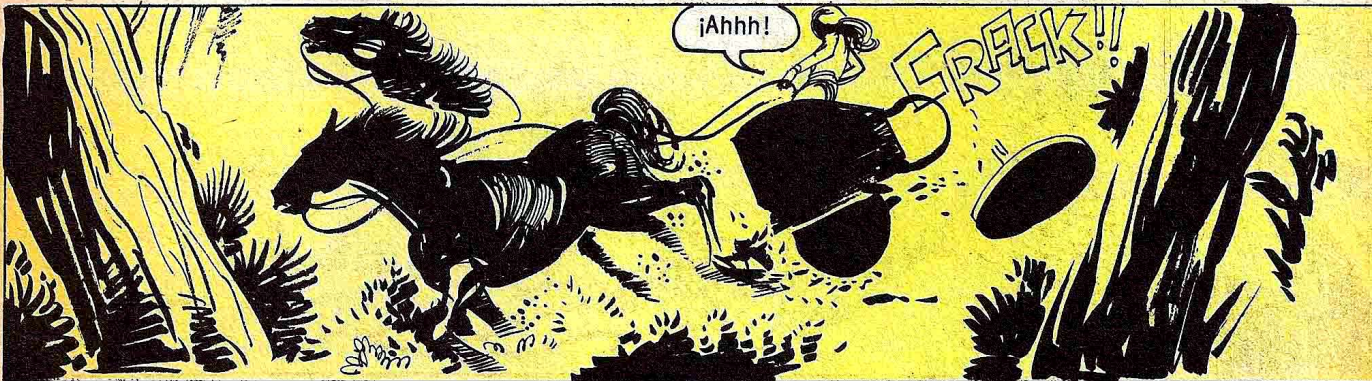
Brindo por ti, guerrero. Es bueno encontrar a un hombre sin ambición en esta época en que las ambiciones son más grandes que los hombres.

El carro emergió como una tromba de entre los árboles y hasta hoy en día me maravillo de la distracción que no nos había permitido oír el estruendo de su marcha.



Lo maneja una mujer.

Eso es mucho decir. Da la impresión de que esos caballos han decidido manejarse por sí solos.



Ven, Nippur. Echemos un vistazo.

Tenía que ser una mujer la que estropeará mi almuerzo.

La muchacha (pues no era otra cosa) yacía atontada entre los arbustos mientras sus caballos relinchaban dolorosamente entre los restos astillados del carro. Nos bastó una mirada.

Están deshechos. Es mejor rematarlos.

Pero... ¡Mira, Nippur!

¿Qué...?

El cofre debió haber reventado al volcar el carro y todo el terreno a nuestro alrededor estaba cubierto de piezas de oro y joyas, en una cantidad tal como jamás vi reunidos. Silbé admirativamente.

¿Qué será esto?

Este es el tesoro de Karash, forastero, y si tocas, la cólera de los dioses os...

Arthos lanzó una risotada y sin prestar atención a la muchacha se acercó a los caballos y los remató expertamente. Seguiría riendo cuando terminó y se volvió a ella.

No me amenaces con cóleras divinas, muchacha. Siempre me causan gracia los ricos que parecen haber alquilado a los dioses como guardianes de su oro. Tranquilízate. No interesa tu riqueza.

Haces bien, guerrero, porque este oro no pertenece a la mujer sino a nuestro señor Urumutim.

Llevaban las cabezas afeitadas y la mitad del rostro pintado en negro y reconocí en ellos a los mercenarios de las tierras bajas que se distinguen a sí mismos de esa manera por vanidad. Son guerreros que no usan caballos pues son capaces de correr más rápido que ellos y luchan como demonios pues su religión lo exige.

¡No es verdad, perro de pelea! ¡Tu amo sólo ha tomado el poder en Karash a su espada y a su crimen!

El guerrero se encogió de hombros. Adiviné que le fastidiaba tener que hablar con una mujer. Para los hombres de las tierras bajas las mujeres valen muy poco, ni siquiera si son princesas.

¿Qué mejor razón? Los muertos nunca ganan batallas.

¡Yo estoy viva! ¡Y yo soy la única heredera del trono!

Oh, eso no es un obstáculo muy difícil de derribar, mujer. Y tengo órdenes muy claras al respecto.

De pronto la situación había cambiado. Hasta ese momento Arthos y yo no habíamos hecho más que observar la escena, mitad curiosos y mitad divertidos, pero el repentino resplandor de esa hoja afilada cambió todo.



No pensarás matar a la mujer, ¿no?

El mercenario no era tonto y nos sopesó y valoró con un solo golpe de vista.

¡Sí. Y a cualquiera que intente algo estúpido como defenderla, por ejemplo...



En ese caso...

Fue un golpe de puño tan tremendo que dolía sólo de ver.

¡A ellos, Nippur!

No quise verter sangre y recogí un pesado leño del suelo y arremetí contra los soldados. Tuve una fugaz visión de cráneos afeitados alrededor mío (los hombres de las tierras bajas son de corta estatura) y golpeé.

¡Ahhh!

En un relámpago vi a Arthos en acción. Él tampoco había querido hacer correr sangre y eso me agradó. Sólo un idiota siembra muerte sin saber por qué.

¡Ahhh!



¡Ah!

Hmmm. No ha estado mal, ¿eh, Nippur?

No. Me ha abierto más aún el apetito, debo decir.

Rápidamente, desarmamos a los mercenarios y ayudándolos con uno que otro amistoso puntapié los hicimos ponerse en marcha.

Largaos, creo que esto ha bastado por hoy.

No lo creas, guerrero. Volveremos.

No me gustó el sonido de su voz. Tuve el negro presentimiento de que acabábamos de meternos en un lío.

¿Crees que cumplirán su palabra, Nippur?

Puedes estar seguro de ello, guerrero. Su jefe, Urumutim, era un mercenario al servicio de mi padre, el rey, pero un día decidió que era más agradable ceñir la corona que serviría y se sublevó, masacrando a todos los hombres principales.

Sólo yo conseguí huír con el oro de la ciudad y él envió sus perros de guerra tras de mí. Y ellos volverán, volverán en mayor número. No pueden dejarme huír.

¿Por qué?

Yo vi la cabeza de mi padre en la punta de una lanza, yo oí los gritos de las mujeres huyendo de los mercenarios borrachos y vi a los consejeros y sacerdotes chapaleando en su propia sangre entre llamas y carcajadas. Yo vengaré eso.



Iré hasta Akad y con este oro podré reclutar un ejército de mercenarios diez veces más grande que el de ellos, volveré y los borraré de la faz de la tierra. Ellos lo saben y saben que sólo mi muerte les dará la paz.



Y vosotros figuraréis ahora en sus tablillas negras por haberme defendido.

Tal como lo suponía. Nos hemos metido en un lío.



Yo tengo una proposición para haceros. Llevadme hasta Akad, protegedme y os daré treinta piezas de oro a cada uno.



Arthos meditó la cuestión y de pronto sonrió malignamente.

¿Y no se te ha ocurrido, muchacha, de que no hay nada que nos impida simplemente el llevarnos todo?



No. No lo había pensado y pude ver su rostro palidecer. Por un instante dejó de ser una orgullosa princesa y simplemente se convirtió en una muchacha asustada.

¿Ha... haréis eso?



Arthos suspiró.

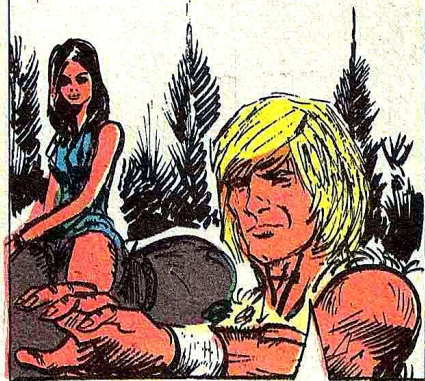
No. He ahí las desventajas de ser aún un hombre que cree en la honestidad. Ven. Comerás con nosotros y nos largaremos como el rayo hacia Akad. ¿Cuál es tu nombre?



Lelfasirim.



Colocamos el oro en bolsas para hacerlo más fácil de transportar y lo repartimos entre los caballos. Luego, la muchacha montó en uno y nosotros marchamos a pie para economizar la fuerza de los animales.



Hay tres caminos hasta Akad. Las montañas, que no nos convienen por el peso que llevamos. El llano, que puede ser bueno y malo y es más largo. Y el desierto.

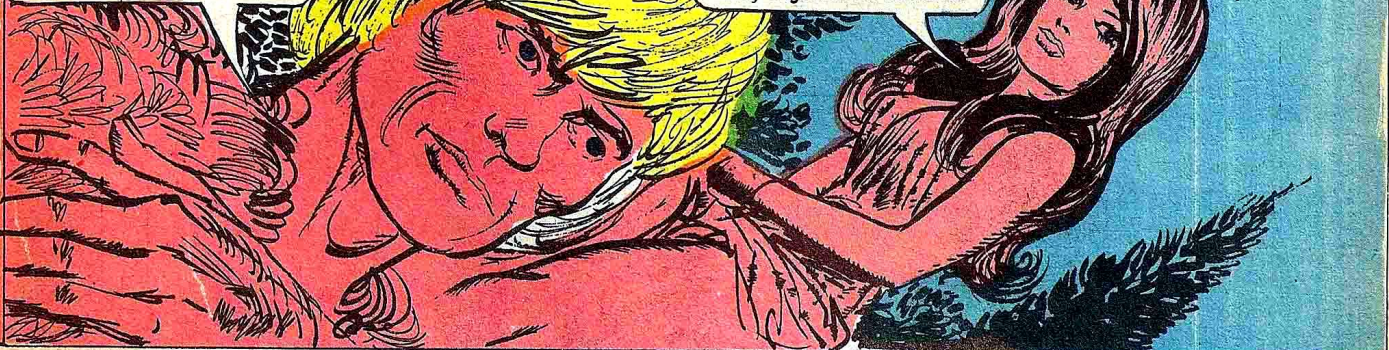
El desierto es el más corto y el más duro. No habrá agua en todo su recorrido y el sol es un asesino. Pero los hombres de las tierras bajas no están acostumbrados a él. Tal vez sea el mejor, pero es duro.

No importa.



¿Estás segura, muchacha?

Estoy segura. En marcha.





Hay algo en el desierto que siempre despierta en mí el miedo. Todo hombre es capaz de enfrentar el peligro cuando este peligro es algo sólido, tangible, algo contra lo cual se puede luchar. Pero el desierto es un cementerio donde se ha muerto el tiempo y del cual los dioses se apartan con temor.

Helo aquí.



Habíamos llenado nuestros odres de agua y cubrimos nuestras cabezas y rostros. Hubiéramos debido marchar solamente de noche pero nuestros perseguidores no nos permitirían ese lujo.



Marchamos en fila. Yo, a la cabeza, la muchacha y los caballos detrás y Arthos cerrando la marcha con su arco listo, buscando siempre con los ojos al enemigo.



No los vimos ese día y a la noche nos detuvimos. No encendimos fuego y nos cobijamos junto a unas dunas.

Toma, muchacha. Come algo y luego intenta dormir un poco. Cuando la luna esté alta reiniciaremos la marcha.

Gracias, Arthos.



El iba a apartarse y ella lo detuvo. Su pequeña mano blanca parecía diminuta sobre ese brazo colosal.

Arthos, he estado pensando mucho en ti y en tu gesto. Antes hablé con orgullo y no supe elegir mis palabras, pero ahora...



... ahora quiero decirte... Gracias.



(Uh... Uh... Sospecho que nuestra fugitiva princesa ha tomado un cierto interés en el apuesto Arthos...)



¿Estás bien?

Sí... Sí... No te preocupes por mí...

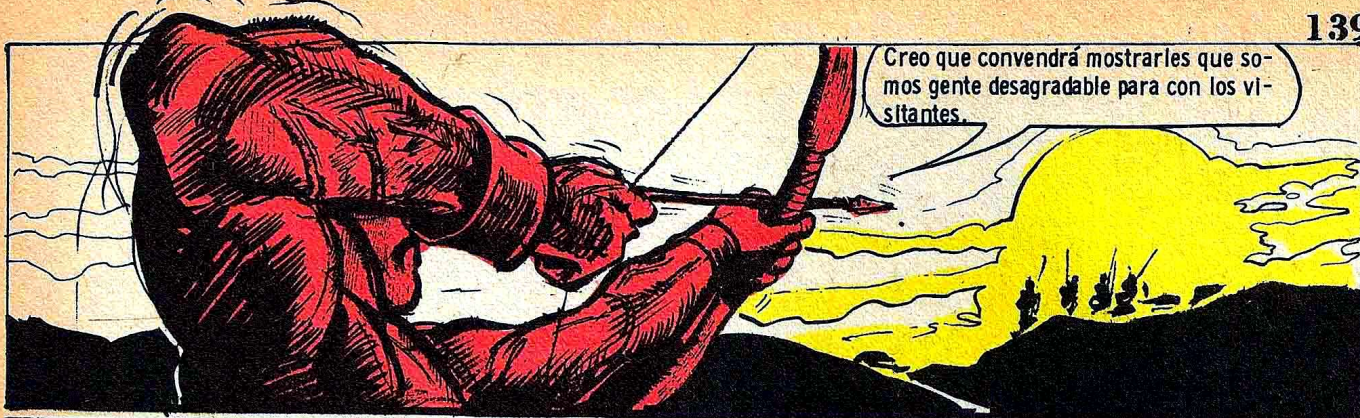


(Ella es de acero. Muchos guerreros curtidos habrían sucumbido a esto...)



Mira, Nippur... Nos siguen.

Sí.



Creo que convendrá mostrarles que somos gente desagradable para con los visitantes.

Fue un tiro imposible. Yo apenas si podía distinguir las siluetas de nuestros perseguidores y sin embargo...



¡Ahhh!

Ya está. Eso los calmará un poco. Sigamos la marcha.



Durante los dos días siguientes, nuestros perseguidores se mantuvieron a distancia pero tampoco se alejaban. Nos acechaban como hienas.

Esperan que nos derrumbemos.



Ella no tardará... Esto es demasiado terrible.

Casi como un eco de mis palabras...



No... No puedo más...

Arthos consiguió recogerla antes de que cayera al suelo. La cobijó en sus brazos y me miró.



No podrá seguir así.

Haré una parihuela con nuestros mantos y ella podrá viajar más cómodamente.

Y seguimos la marcha por ese arenal de pesadilla que lamía nuestras piernas como un mar de fuego, mientras el aire tórrido y sofocante nos laceraba los pulmones y detrás nuestro, las horribles carniceras continuaban su guardia.



Esa noche nos detuvimos exhaustos, con los cuerpos hinchados y cuarteados por falta de agua, los ojos turbios y las piernas débiles.

Mañana llegaremos. O sea que mañana será la batalla.



¿Qué quieres decir?

Mañana, Urumutim se jugará el todo por el todo. No puede permitir que ella llegue a Akad. Mañana atacará.



¿Tienes algún plan?

Sí. En el momento en que nos ataquen tú tomarás los caballos y a ella y huirás hacia Akad. Yo cubriré la retirada. Nuestros enemigos son doce. Creo que los podré contener un buen rato.



¡No! ¡No quiero que hagas eso! ¡No!

Por favor, Arthos... No lo hagas...

Shhhh. No llores. Sabes bien que es necesario... Si no, todos estaríamos perdidos.

No te preocupes. Yo sé cómo salir de estas situaciones. Esos pobres guerreros de broma no son suficientes para mí. Ya lo verás.

Oh, Arthos... Arthos...

En la mañana vimos las primeras manchas de hierba y a lo lejos el ocre color de los árboles. No tardarían en aparecer las murallas de Akad.

Raro que no...

¡A ellos!

Casi antes de darme cuenta de lo que ocurría, Arthos se había calado su casco, abrazado el escudo y empuñando su hacha de guerra salió al encuentro de los mercenarios. Aún tuvo tiempo de volver la cabeza y gritar...

¡Corre! ¿Qué esperas?

Luego lo vi plantado sobre sus colosales piernas, rodeado de los homrecillos de cabezas afeitadas, como un león atacado por perros.

Y golpeé mi caballo con los talones y me lancé al galope. Sentí las uñas de la muchacha hundirse en mi espalda y oír su grito.

¡Arthos!

Luego, solamente el galope tambaleante del animal, apelando a sus últimas energías, las altas murallas de Akad y el llanto acongojado de la muchacha.

Arthos... Arthos...

Esperamos a Arthos en Akad...

...pero él nunca llegó. Lo esperamos sobre la muralla desde la cual se ve el desierto y vimos dos soles rojos como la sangre hundirse en la noche.

Yo partiré mañana, muchacha.

No me llames muchacha, Nippur.



-Vuelvo a ser princesa otra vez. Ya tengo a mi ejército. Ya puedo volver a mi ciudad, exterminar a los traidores y ceñir mi corona. Ya he vuelto a ser quien fui.



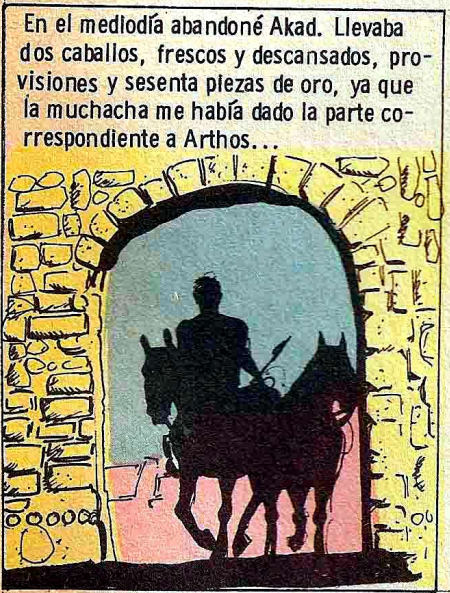
Volvió los ojos con nostalgia hacia el desierto convertido en sal pálida bajo la luna...



Pero a él... ¿quien me lo devolverá?



¿Qué podía decirle? Simplemente la dejé allí, en las murallas, soñando con los ojos puestos en el desierto y fui a dormir.



En el mediodía abandoné Akad. Llevaba dos caballos, frescos y descansados, provisiones y sesenta piezas de oro, ya que la muchacha me había dado la parte correspondiente a Arthos...



Observé a mi alrededor. Yo sabía que me esperaban...



(Allá... Allá veo humo...)



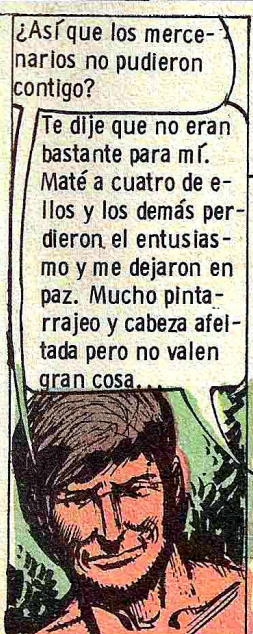
Galopeé hacia el fuego y ya desde lejos sentí el olor de la carne asada. Hay mucha caza en los alrededores de Akad y de pronto descubrí que tenía hambre.

¡Eh! ¿Está lista esa carne?



Casi. ¿Has traído vino?

Sí. Y queso y pan y aceitunas y miel...



¿Así que los mercenarios no pudieron contigo?

Te dije que no eran bastante para mí. Maté a cuatro de ellos y los demás perdieron el entusiasmo y me dejaron en paz. Mucho pintarrajeo y cabeza afelada pero no valen gran cosa.



Quedamos un instante en silencio contemplando la carne que se doraba sobre el lecho de brasas. Entonces, como al descuido, le dije:

Ella te esperaba en Akad.



Lo sé, Nippur, y por eso no fui. Ella tiene una misión y una corona que reconquistar. Y lo hará. Y entonces será reina y dictará leyes y deberá vivir para su pueblo, trabajando para su bienestar y ahogando sus rebeldías...



¿Y qué haría yo en medio de todo eso? Yo amo los espacios abiertos, mi libertad, mi vino y mi pobreza. Yo soy rico en alegría y en inconstancia. ¿Yo, rey? La sola idea me enfrió los huesos. No. Prefiero haber "muerto" por ella que tener que cargar una corona...

Y ahora, Nippur, viejo casamentero, pásame el vino y deja de parecer tan virtuoso. ¿Cuántas veces no has hecho algo parecido?

Y de pronto comenzamos a reír a carcajadas, felices, absurdos vagabundos de los caminos polvorientos que llevan a ninguna parte, reyes de sandalias y caballos, sacerdotes de dioses de hojas y vientos, soberanos de una ciudad sin murallas ni corona que se llama libertad...



Ah, sí. Dejad a los reyes sus coronas y sus ciudades amuralladas y dad al viejo Nippur un fuego, un poco de vino y un amigo. El no pide más.



Fin

NIPPUR DE LAGASH

LA MANO DE FUEGO

Por ROBIN WOOD

(E-132)



Dibujos de MULKO

1-611

Su nombre es Badar-In y su misión es cantar. Canta como los pájaros y su voz es el mensajero de las distancias que trae ecos de los mundos desconocidos a los campesinos que viven atados a sus sembrados,...



... a los guerreros atados a sus reyes y a los maridos atados a sus esposas.



Badar-In canta y cambia sus canciones por pan, aceitunas y queso. A veces hasta recibe un trozo de carne o una patada en el trasero pero nada de ello lo afecta. El hambre o el hartazgo no dejan marca en él. ¿Qué sabe un pájaro de pedradas? ¿Qué sabe un poeta de vanidades?

Por ello, Badar-In canta en los villorrios de barro y en los castillos de piedra. Por ello su arpa se ríe de la lluvia, del viento, del frío, del desprecio y hasta del gruñido de su estómago vacío. Badar-In ha nacido para cantar y su canto es más fuerte que sus propias tripas vacías.



Yo lo conocí como a tantos otros, por encima del humo de la hoguera de mi campamento. Quienes conocen mi fama de guerrero no podrán imaginarme zurciendo, pero un guerrero debe saber dejar la espada y dedicarse a tareas menos gloriosas y más prácticas.



Salve, guerrero. Soy Badar-In y cambio música por comida. ¿Te interesa el trato?



Amigo, mi oído para la música es tan bueno como el talento del buey para trepar a los árboles, pero mi comida es demasiado para mí solo. Siéntate y come conmigo.



¿Cuál es tu nombre, guerrero?

Nippur, hombre de Lagash.



Ah. El Errante en persona. ¿Qué haces por estas tierras?

Lo que hace la piedra en la pendiente, poeta. Ruedo.

He cantado mucho sobre ti, Nippur. Cantado mucho y mentido un poco. He cantado sobre todos los héroes de Sumer y de los mundos que los rodean. He cantado sobre Ur-El, sobre Teseo y Hattusil, he cantado sobre las Seis Plagas y los Jinetes Negros del Alba... He cantado sobre Sargón Y Urukagina, sobre Gilgamesh-el sin-muerte y sobre Ram-el-sin-vida...



... pero no sé si podré cantar sobre Nippur, el zurcidor... ¿Cómo puedes rimar gloria con zurcido?



No sé, pero intenta rimar charla con vino.

Ah, Nippur... Tú tienes la sabiduría del viñedo.





¿Y adónde te llevan tus pasos ahora, poeta?

No lejos de aquí. Voy a Barak, donde el aire es turbulento y los malos presagios abundan más que los piojos.



¿Ha ocurrido algo allí?

Debes venir de muy lejos o tu zurcido te ha consumido más tiempo del que yo mismo creía para que no hayas oído hablar de la historia de Kiraminas...



Cuéntame.

"Kiraminas es el señor de Barak. Tan malo como nadie, cruel, brutal, despiadado... Cobra sus impuestos regularmente con su espada y caza a las mujeres cuando no se dedica a guerrear con el vecino o a aplastar a sus esclavos. Nada hay que respete y las viudas y los huérfanos que ha dejado podrían empedrar para él, el camino de los infiernos..."



"Hace mucho tiempo, Kiraminas decidió ir al desierto una mañana, con el deseo de encontrar un león. Kiraminas pertenece a esa especie de tonto que cree que matar fieras lo eleva más sobre los demás hombres..."



(¿Y aquello? Parece una mujer...)



(Pero es extraño... ¿Qué puede hacer una mujer en el medio del desierto? Debo ver mal...)



"No. No veía mal. La joven estaba sentada sobre una roca, indiferente al sol y al viento ardiente del arenal. No tenía aspecto de estar perdida o asustada..."

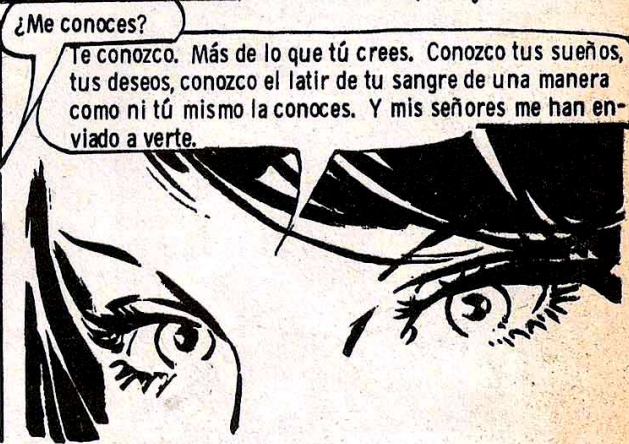


"Parecía estar esperándolo..."



¿Qué haces aquí, mujer?

Te esperaba, Kiraminas.



¿Me conoces?

Te conozco. Más de lo que tú crees. Conozco tus sueños, tus deseos, conozco el latir de tu sangre de una manera como ni tú mismo la conoces. Y mis señores me han enviado a verte.



—¿Quiénes son tus señores?

Eso no importa. Ellos moran en las Montañas Negras y son amos de la suerte y del destino. Y ellos te han estado observando durante mucho tiempo.



Y ellos me han enviado a hacerte una sola pregunta. ¿Quieres ser el rey más grande de Sumeria, Kiraminas?



¿Es esto una broma, mujer?

Piénsalo, Kiraminas. Piénsalo. Y para demostrarte nuestro poder, cuando vuelvas a tu ciudad cava un pozo en tu jardín. Cava y comprobarás que no es broma. Entonces volverás...



El horrible jorobado lanzó un grito ronco y balbuceó algo ininteligible. La mujer simplemente sonrió sin apartar sus ojos violeta de Kiraminas..."



Kiraminas volvió sin león. Una desazón terrible lo hacía temblar de pies a cabeza. Sin saber exactamente por qué, sentía que algo extraordinario estaba ocurriendo en su vida..."

(Cavar un pozo... Es una tontería...)



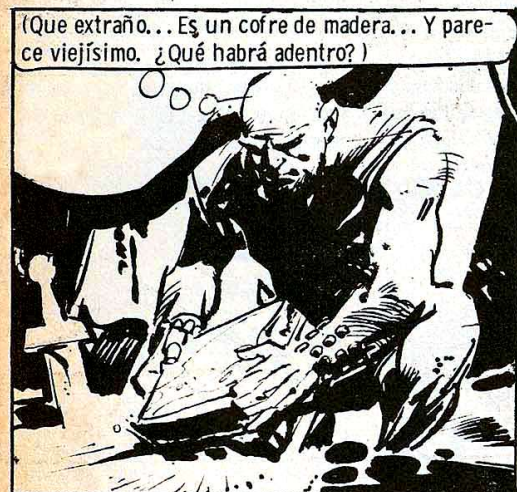
(Pero, ¿qué pierdo con ello?)



(Aquí...)



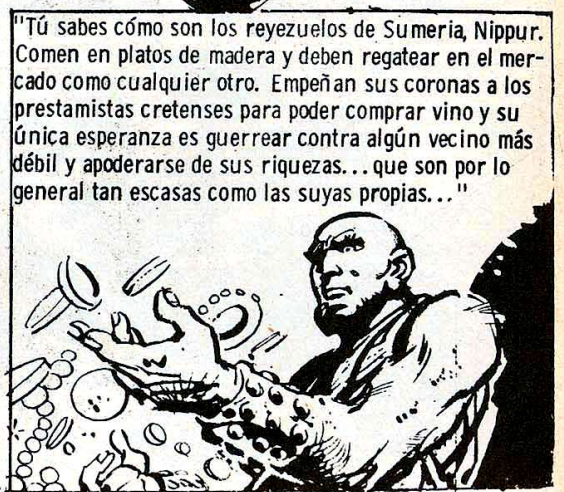
(Pero... Hay algo aquí... Parece ser...)



(Que extraño... Es un cofre de madera... Y parece viejísimo. ¿Qué habrá adentro?)



¡Por los dioses!



"Tú sabes cómo son los reyezuelos de Sumeria, Nippur. Comen en platos de madera y deben regatear en el mercado como cualquier otro. Empeñan sus coronas a los prestamistas cretenses para poder comprar vino y su única esperanza es guerrear contra algún vecino más débil y apoderarse de sus riquezas... que son por lo general tan escasas como las suyas propias..."

'Por ello, imagina tú los sentimientos de Kiraminas al hallar ese cofre lleno de oro, de piedras preciosas, de collares, de pulseras. Fue en ese momento cuando se encendió en su pecho un fuego desconocido...'



(La mujer me lo dijo... No mintió...)



(Debo verla otra vez... ¡Debo verla!)



"No pudo esperar a la mañana. Su caballo ya estaba listo antes de que el horizonte enrojeciera con la primera flecha de sol..."



(¿Y si no está?)



Ella estaba allí, esperando impasible, jugueteando con la correa de cuero que sujetaba al enano jorobado...

Mujer...



Estás de vuelta, Kiraminas. ¿Has comprobado ya que no mentía?

Lo he comprobado.



Me ofreciste poder y riqueza. Los quiero.

¿A cualquier precio?



A cualquier precio.



Acércate, Kiraminas. Y muéstrame tu pecho.





Ah. Aquí está tu corazón.



"La mujer apoyó la palma de su mano contra el pecho de Kiraminas. El enano lanzó una especie de aullido animal..."



¡Ahhh!



Es la señal de nuestro pacto, Kiraminas. Vuelve a tu ciudad. Ya verás qué dulce es el camino de la gloria.

Me has quemado... Has dejado la marca de tu mano...



Pero... ¿y tú? ¿Qué deseas a cambio?



Vendré dentro de seis cosechas, Kiraminas, a buscar lo que será mío. Vete, Kiraminas...

Pero...



Vete.



"Kiraminas se alejó pero, hasta las murallas de la ciudad, lo persiguió el lamento gemebundo del enano. Y en su pecho, la marca de la mano de la mujer le quemaba y helaba su sangre de terror..."



—¡Señor! ¡Señor! ¡Malas nuevas!

¿Qué ocurre?



¡El rey de Arar avanza sobre nuestra ciudad! ¡Trae mil hombres de lanza, carros de guerra y mercenarios de las montañas! ¿Qué haremos?



(¿Se ha burlado de mí la mujer?)

Llama a mis hombres. Pelearemos. ¿Qué otra cosa podemos hacer?



"Nunca hubo mayor victoria en toda Sumeria. Los hombres de Kiraminas cruzaron entre las formaciones de Arar como segadores en época de cosecha. Destrozaron a los hombres de lanza, volcaron los carros y ni uno sólo de los mercenarios regresó jamás a sus montañas..."



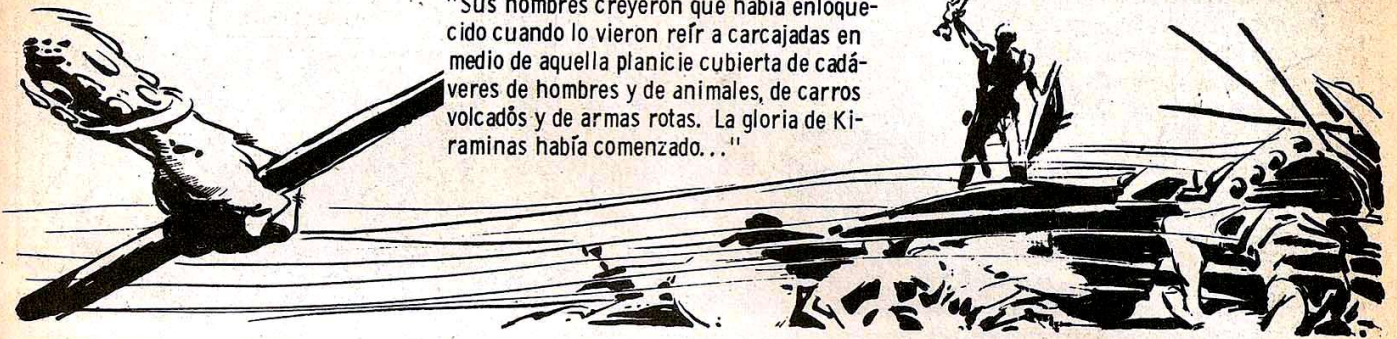
"El rey de Arar encontró allí el final de su camino y su cabeza, desde la punta de una lanza, contempló con ojos vacíos el camino que llevaba a su ciudad perdida."



(La mujer no mintió. ¡Tengo el poder de la victoria conmigo! ¡Soy amo de la gloria!)"



"Sus hombres creyeron que había enloquecido cuando lo vieron reír a carcajadas en medio de aquella planicie cubierta de cadáveres de hombres y de animales, de carros volcados y de armas rotas. La gloria de Kiraminas había comenzado..."



"Guerreó con todas las ciudades a su alrededor y las venció una tras otra. Las murallas se abatían ante él como si fueran hechas de cañas. Sus legiones abrían caminos de lanzas e iluminaban Sumeria con hogueras en las que ardían naciones enteras..."



"Apiló coronas a sus pies y tesoros inmensos y muchedumbres de esclavos marcharon con el paso polvoriento de los vencidos a través de las puertas de Barak, mientras el pueblo lo ovacionaba y cubría de flores, más por temor que por amor. Un baño de sangre rodeaba su paso y su nombre era sinónimo de muerte y de horror..."



"Por fin, un día se detuvo y al mirar a su alrededor se encontró convertido en amo y señor de todo lo que su vista abarcaba, desde el Mar sin Orillas hasta las Montañas de los Espíritus, desde el Desierto de Oro hasta las Llanuras de los Centauros. Y supo que ya poseía cuanto podía desear."

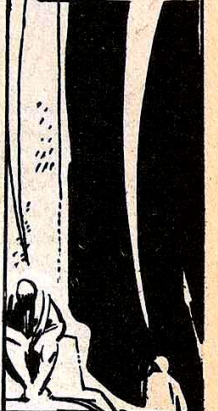


"Y entonces descubrió que la quemadura de la mano seguía fresca en él, sin cicatrizar, como si fuera recién hecha. Y entonces, poco a poco, un gusano de miedo nació en él..."



Dime. ¿Quién es el brujo más poderoso en mis tierras?

¿El más poderoso? Pues... el viejo Buitre, señor.



¡Llámalo.

Viejo, dicen que eres sabio y que conoces el secreto del ojo de la muerte. ¿Es verdad?

Dicen que dicen, rey de Barak. La gente dice que hay caballos que vuelan y hombres con dos cabezas. La gente habla. ¿Qué deseas de mí?



Necesito ayuda. La tuya. Creo que hay un peligro que me amenaza.

¿Qué clase de peligro? ¿Quién puede osar algo contra el más poderoso rey de Sumeria?



Mira.



"El viejo brujo sólo echó una ojeada a la quemadura. Luego alzó los ojos hacia el rey. Y en ellos había reflejada una inmensa lástima."

Nada puedo hacer por ti.



¿Qué quieres decir con ello? ¡Tú eres poderoso!

No. Es tu miedo el que me quiere poderoso. Pero no lo soy tanto. No puedo ayudarte.



¡Bórrame esta marca o te borraré la vida!



"El brujo se encogió de hombros..."

Qué amenaza tan tonta...



"El brujo fue decapitado. Muchos otros lo siguieron. El rey ahora poseído de un furor aterrado buscó todos los medios para conjurar la palabra dada. Pero la mano ardiente sigue en su pecho..."



¿Y por qué vas tú allá, Badar-In?



Mañana se cumplen exactamente seis cosechas desde aquel día en el desierto, Nippur.

El vino se había terminado y la hoguera se moría en la noche. Durante largo rato quedamos en silencio. Por fin...



Iré contigo a Barak, mañana.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas y sólo tras un celoso escrutinio nos fue permitida la entrada. Guardias armados atestaban las murallas y las calles estaban desiertas.

Kiraminas está esperando a la mujer.



Nos sentamos a la sombra de un árbol y esperamos frente al silencioso palacio de piedra. Adiviné que toda la ciudad estaba alerta junto a puertas y ventanas.



El sol estaba alto y el calor era sofocante...

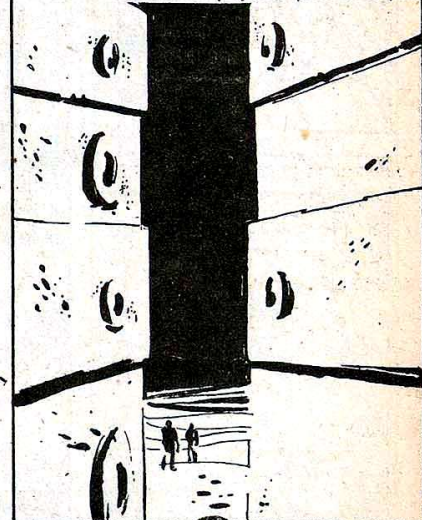


Y de pronto oímos un lamento gembundo. Sentí mi piel erizarse e instintivamente cerré la mano sobre mi espada...



Samás...¿Qué ha sido eso?

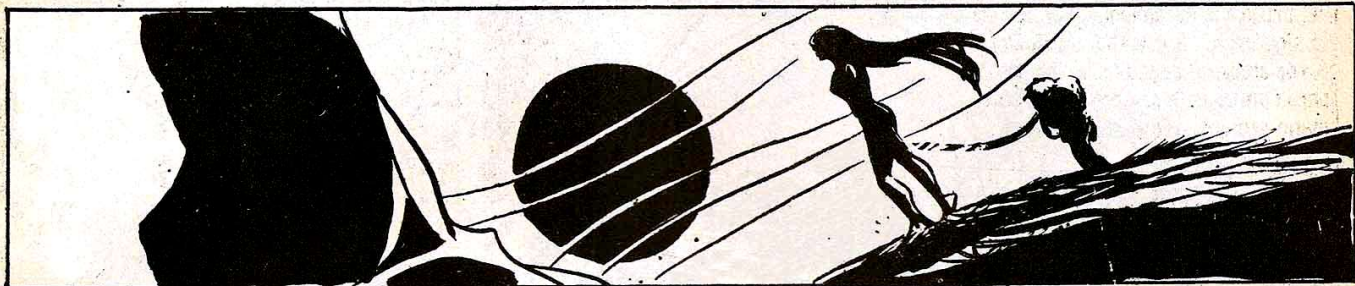
Y las grandes puertas de la ciudad se abrieron. Estaban bloqueadas, atrancadas, encadenadas... y sin embargo se abrieron suavemente como empujadas por un soplo.



La mujer estaba allí con el horrible enano gimiendo lastimeramente junto a ella...



Ningún guardia lanzó sus flechas. Ninguna lanza se movió. Tal vez si Kiraminas hubiera sido amado alguno se habría arriesgado, pero Kiraminas sólo había cultivado el terror. Estupefactos, aterrados, la observaron avanzar por el centro de la ciudad, alta y sonriente con sus ojos violeta llenos de luz. El enano emitió un rumor gorgoteante que era como un sollozo...



Y la vimos entrar en el silencioso palacio de piedra. Y en ese momento el día perdió luz. Nadie había advertido que un mar de nubes negras cubría el cielo. Y un viento frío comenzó a soplar alzando remolinos de polvo...



Nippur... Tengo miedo...

Un grito espantoso vino desde el palacio. Un alarido inhumano que se transformó en un atroz gorgoteo. Luego, sólo se oyó un gemido ronco, animal...



¿Qué fue eso?

No pude responder. A pesar del frío que encogía mi piel, sentía el sudor correr a chorros por mi cuerpo y mis dedos parecían a punto de quebrarse alrededor de la empuñadura de mi espada.



Mira... Ella sale...



Primero vimos su silueta emerger de las tinieblas...



Oh, no... Mira... ¡Mira, Nippur!



No pude creerlo. Cerré mis ojos e imploré a los dioses que cesaran la pesadilla, pero cuando los abrí aún estaban allí...



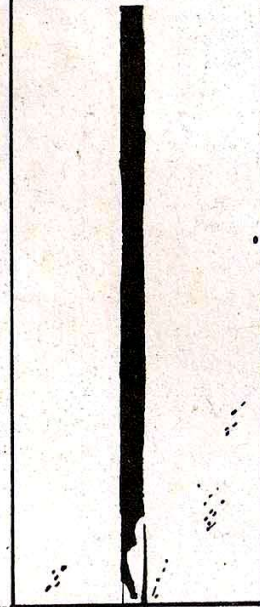
La mujer comenzó a alejarse arrastrando a la nueva criatura que chillaba y se retorció, implorante, extendiendo sus bracitos a los espantados soldados de las murallas. Nadie hizo un gesto.



Salieron de la ciudad...



Y las grandes puertas se cerraron tras ellos, sin un solo ruido.



Por un largo instante quedamos allí en silencio, helados, horrorizados. Nadie atinó a emitir ni un murmullo...



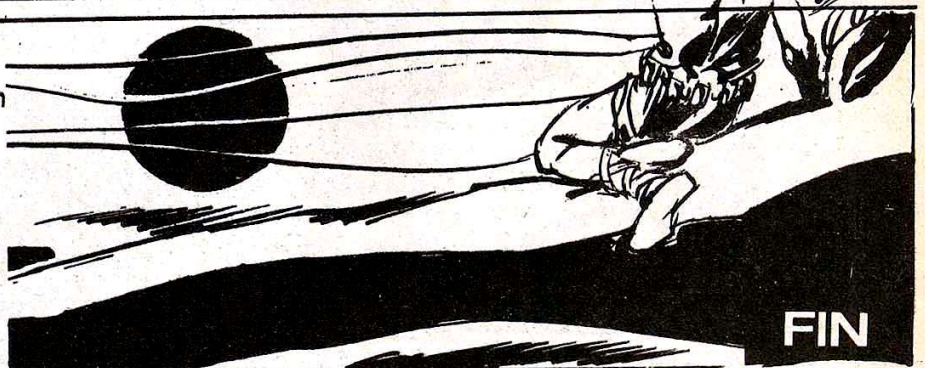
... hasta que por fin Badar-In, sin una palabra, tomó su arpa y la destrozó contra el tronco del árbol...



Luego, se sentó junto a las grandes raíces retorcidas y lloró.



Mucho se habló sobre esto y los viejos aseguraron que no fue mala justicia para castigar la brutalidad, el salvajismo y la ambición de Kiraminas y para que muchos otros que pensarán en imitarlo se descorazonaran. Otros, simplemente murmuran que un día en que los dioses descuidaron su atención, los demonios vinieron a buscar a las almas más negras entre los hombres para incorporarlas a sus legiones. Tal vez sea así, tal vez no... Yo sólo sé una cosa: Badar-In nunca más volvió a cantar.



FIN

NIPPUR DE LAGASH

(E-135)

EL GENERAL Y SU EJÉRCITO

Por ROBIN WOOD

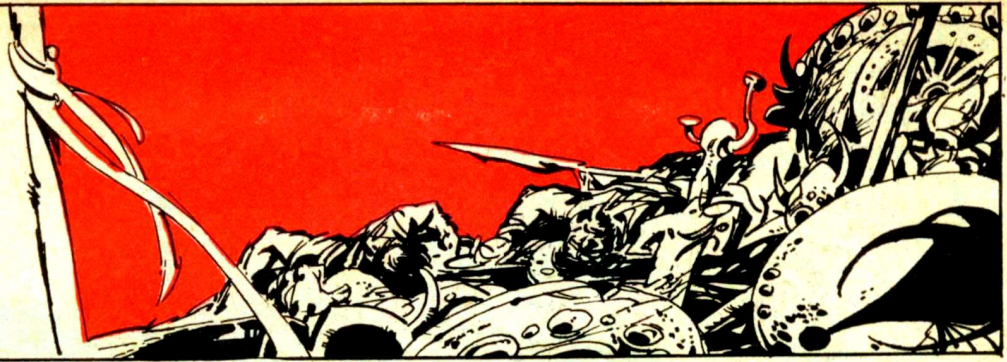


Dibujos de MULKO

La guerra. Esa es una extraña palabra. Una palabra que no parece compuesta de letras sino de un sordo retumbar de tambores de bronce, de la cadencia monacorde de miles de pies avanzando sobre la tierra dura, del resoplar de caballos y el crujir de arneses, del retumbar fragoroso de los carros de combate, del coro de miles de gargantas lanzando un grito de guerra...

2-014

Guerra es el jinete negro sin carnes que ríe a mandíbula batiente sobre los campos de batalla donde los cadáveres se pudren como bestias por el orgullo de un rey...



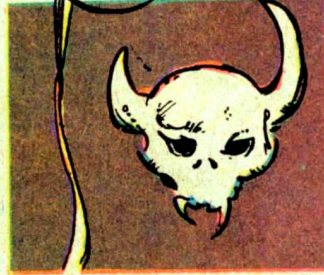
Guerra son las mujeres silenciosas a las puertas de sus casas, observando un caballo sin jinete. Sólo la mujer conoce el verdadero horror de la batalla, el que se vive muy atrás, en la retaguardia, en la ignorancia y la espera, que muchas veces será coronada por un manto ensangrentado y el balbuceo confuso de un compañero de armas, avergonzado de estar vivo...



Y sin embargo, la guerra es también el soldado oscuro que de pronto cobra un brillo único y que defiende a su amigo caído, y así, por una magia extraña, el bruto disciplinado se eleva por un instante junto a los dioses...



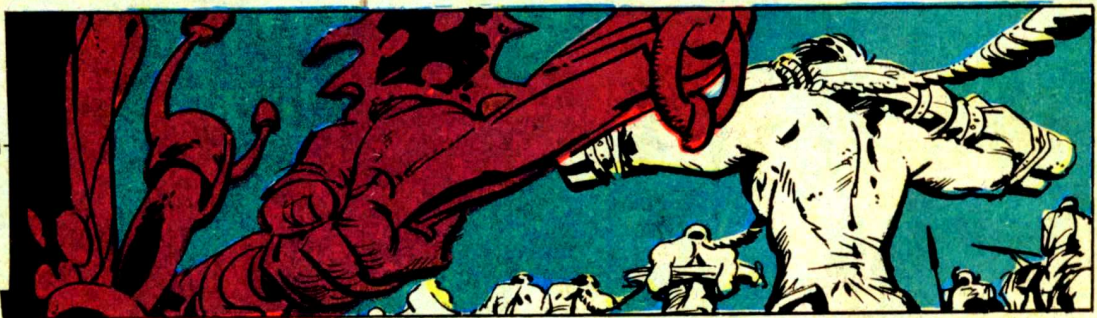
Guerra también es el jinete delirante que lanza su potro al galope tendido en busca de la gloria que lo espera entre las lanzas del enemigo. ¿Absurdo? ¿Inútil? Tal vez, pero ello está en la esencia de la juventud. Luchar. Morir. ¿Y qué? ¿Es acaso más seductor el apagarse lentamente, aplastado por la edad, que llegar al reino de las sombras cabalgando sobre un grito de guerra?



Fue el ver desfilar a esos soldados lo que me trajo a esta meditación. Infantería de escudos cuadrados y lanzas de pico triangular. Carros erizados de jabalinas y caballería con hombreras de cuero y espadas de doble filo. Se veían cansados, cubiertos de polvo y sin embargo algo en su manera de marchar hablaba de victoria.



Y luego vi los prisioneros y comprendí que no me había equivocado. Centenares de ellos, con correas de cuero uniéndolos por el cuello, abatidos, maltrechos, algunos con heridas sin curar, llenas de moscas y putrefacción.



Casi no pude creerlo y sin embargo era él, Dar-Am, el elamita, mi viejo amigo de Lagash. Los años le habían añadido peso y arrugas pero no habían matado al bullanguero jovencito que me ayudara a llenar el lecho de mi padre con ranas.

¿Qué haces por aquí, amigo? Cuando te vi no lo pude creer.

Paso. ¿Y tú?

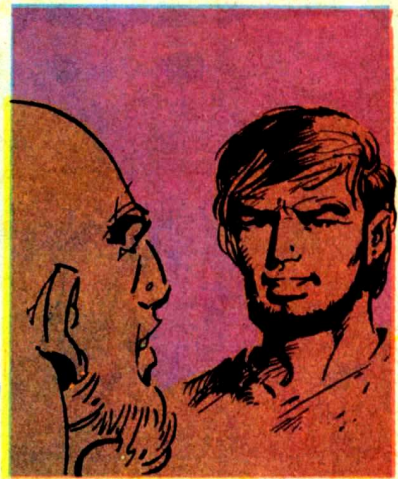


Ese es mi ejército, Nippur. Soy el jefe de armas de Zephorim, señor de la costa. Acabo de terminar de una vez por todas nuestra guerra contra los del Mar Ancho...

Ya veo.



Nos contemplamos sin hablar, sonrientes y felices. Es curioso cuán poco encuentran para decirse dos amigos que no se han visto en más de veinte años...



Ven, Nippur. No estamos lejos de nuestra ciudad y tú serás mi huésped. No voy a dejarte huir ahora que te he echado mano. Te voy a guardar conmigo hasta que me aburras de ti. Entonces te echaré a patadas y podrás seguir tu camino.



Ten cuidado. Tal vez te rompas un pie.

Cabalgamos juntos haciéndonos preguntas sobre sombras del pasado, hombres y mujeres que sólo eran imágenes borrosas, perdidas en una isla de cristal y amistad en ese océano de veinte años de ausencia.



Los soldados lo querían. Pasaban junto a él y con confianza palmeaban su pierna o su caballo, alguno le daba una fruta, otro le recordaba las nuevas sandalias prometidas, algún veterano cosido de cicatrices lo insultaba cariñosamente...



Tu tropa te quiere, ¿eh, Dar-Am?

Ellos son mis hijos, Nippur. Yo duermo en el suelo y como con ellos. Yo escucho sus quejas y soy juez en sus peleas. ¿Acaso no es el deber de un jefe?



-Tal vez sea un deber pero muchos prefieren evitarlo.



Yo no, Nippur. Mi ejército nunca pierde batallas porque me siguen. La victoria es un regalo personal que cada uno de ellos me hace. Y yo sé apreciarlo.

La mitad de ellos son mercenarios, Nippur. Gente sin patria que han hecho de este ejército su nación. Y yo quiero que tengan una nación justa. Las relaciones entre la corte y el ejército no siempre son buenas y a veces tengo que hacer verdaderos prodigios para evitar choques.



A todo esto. ¿Te has casado?

No. ¿Y tú?



Sonríó y de pronto los años parecieron esfumarse y vi otra vez el rostro de un niño, llenando una cama con ranas.

Sí. Con la mujer más hermosa del mundo. Se llama Manaman.



Vi dos soldados que marchaban cerca nuestro cambiar una mirada. Luego, uno de ellos escupió.



La ciudad acogió a Dar-Am con júbilo delirante. Un general victorioso es siempre inapreciable para una ciudad. Victoria significa esclavos, botín y gloria. Gloria significa festejos y vino y mujeres y así por un tiempo, todos pueden olvidar los problemas diarios y sumirse en la maravilla del triunfo.

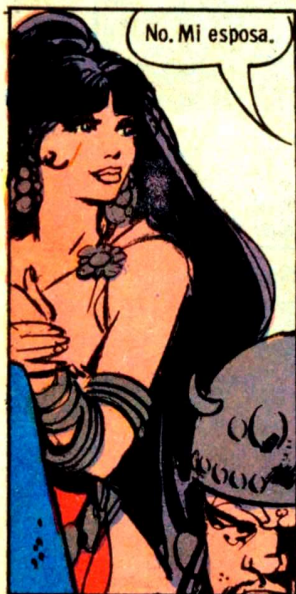






Mira. ¿Ves a la mujer vestida de rojo?

Sí. ¿Quién es? ¿La reina?



No. Mi esposa.

Era hermosa, sí, con sus largos cabellos negros y sus ojos rasgados y la boca grande y sugestiva, los pómulos altos y el cuerpo esbelto. Llevaba pulseras de oro hasta los codos y trataba de que todos la vieran. Pensé en el soldado escupiendo...

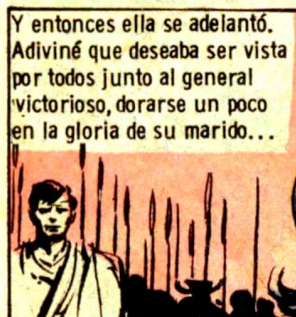
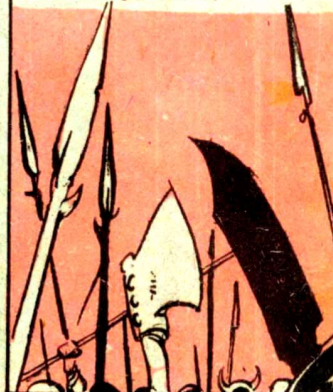


Bienvenido, Dar-Am, soldado victorioso. Los dioses te han sonreído otra vez. Tuya es la gloria...

No, señor. Son mis hombres los que han ganado la batalla. Agradéceles a ellos.



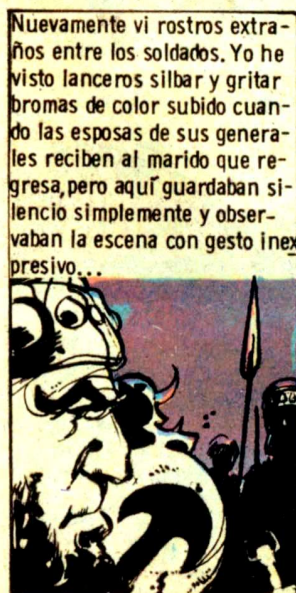
Un rugido de aprobación brotó de las filas al oír las palabras de Dar-Am y el rey sonrió empujando los dientes hacia afuera. Era cruel el ver a ambos frente a frente: como enfrentar un cerdo y un león.



Y entonces ella se adelantó. Adiviné que deseaba ser vista por todos junto al general victorioso, dorarse un poco en la gloria de su marido...



Te he esperado. He contado las horas...



Nuevamente vi rostros extraños entre los soldados. Yo he visto lanceros silbar y gritar bromas de color subido cuando las esposas de sus generales reciben al marido que regresa, pero aquí guardaban silencio simplemente y observaban la escena con gesto inexpresivo...



¿Qué son todas estas pulseras? No las tenías antes...

Me las regaló el rey. Dijo que la esposa de un general debe lucir rica.



La esposa de un general no debe aceptar regalos de otro hombre.

¿Otro hombre? Pero... ¡Es el rey!



Dejemos el tema... Ah... Este es mi amigo, Nippur. El será nuestro huésped.

Ah.

Rápidamente detalló mis ropas raídas, mi faja de joyas y mi cabeza peluda y pude ver en su rostro ese famoso gesto de todas las esposas que se resignan a recibir a los astrosos amigos de sus maridos con una sonrisa tolerante.



Bienvenido.

Esperé que yo ardiera de admiración o algo por el estilo pero yo soy un perro viejo y tengo muchas cicatrices ganadas en lances femeninos y sé reconocer a una mujer vanidosa. Simplemente palmeé a Dar-Am y...

Iré a acomodar mi caballo y a comer algo con tus hombres. Estoy seguro que tu rey deseará hablar contigo. Te veré más tarde.



Sí. Era el que había escupido. Estaba sentado con otros veteranos comiendo y bebiendo tranquilamente sin hablar, con la meticulosidad del hombre que sabe apreciar la comida sin prisa y la amistad sin palabras.

¿Puedo sentarme con vosotros?



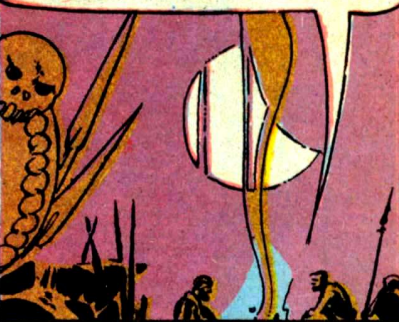
Grandes hogueras ardían en los cuarteles y bueyes enteros se asaban sobre ellas. Enormes ánforas de vino aparecían entre carcajadas y las alegres esclavas de palacio les traían dulces, panes y frutas.

(Hmmm. Allí está el soldado...)



Se encogió de hombros pero me había visto con su general y sabía que yo era su amigo. Eso le bastó. Comí junto a él sin hablar y recién cuando pelamos los huesos...

¿Por qué desprecias a la mujer de tu jefe?



Se escarbó los dientes y me estudió. Evidentemente quedó satisfecho con mi aspecto. Nadie creería jamás que yo soy un cortesano...

Hay hombres que tienen ojos de águila en un campo de batalla y que son ciegos en su propio hogar. ¿No es así?

Así es.



Y hay reyes que se desmayan a la vista de una lanza pero saben cómo luchar en retaguardia... con las esposas de los ausentes.



Y hay carroña mercenaria que debería saber cómo mantener la boca cerrada.



Estos no eran soldados de la guerra. Bastaba ver sus lujosos uniformes, sus pulseras de oro, y sus cabellos bien cuidados. Eran peligrosos, sí, anchos y duros con cuellos de toro...

Y hablo de ti, charlatán.



El veterano sonrió y me guiñó el ojo y yo lo comprendí. Después de todo yo también soy un veterano. Húblera bastado simplemente un puñal hincado en las entrañas.



¿No me oyes, escoria? ¡Ponte de pie! Tú y ese vagabundo...

Te habla a ti, amigo...

Ah, Creo que sería ofensivo el no responder...



Me puse de pie flexionando los brazos y los dioses saben que tengo músculos de sobra para flexionar. El matón también debió pensarlo pues vaciló un momento y...



¿Así que has reunido valor suficiente como para enfrentarme?

¿Enfrentarte? Yo creí que querías que te llevara a pastar...



Lanzó un alarido de rabia y trató de golpearme.



Pero...



¡Muérdelo, valiente!



Un huracán de carcajadas se levantó del campamento y los soldados se revolcaron de risa y gritaron burlones consejos al matón.

¡O aráñalo!

¡O llama a tu suegra! ¡Apuesto a que ella pelea mejor que tú!



¡Toma!

No tenía ganas de pegarle y ni siquiera era necesario. Era un bruto fuerte pero tan imbécil que maravillaba el hecho de que aún estuviera con vida.

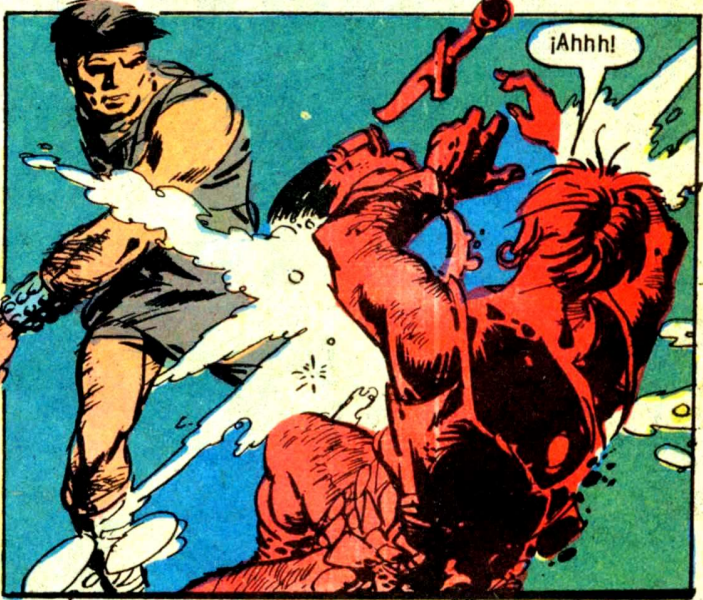




¡Esta vez te...!



Vi el caldero y la sopa borbotear grasamente en su interior. Rapidamente lo tomé y...



¡Ahhh!



¡Eh! ¡No desperdicies eso en tonterías! ¡Aún no hemos alimentado nuestros cerdos!

¡Cierto! ¡Y no hay por qué alimentar los ajenos!



¿Quiénes son esos?

La guardia personal del rey. Se dicen soldados pero sólo son asesinos...

No me terminaste de contar.

No hay nada para contar, amigo. Siempre los hombres buenos encuentran a las malas mujeres y nuestro general no es una excepción...pero el rey...

Ah... El rey tiene la codicia fuerte y la voluntad débil. Y esa es una mala combinación...

Pensé en ello durante largo rato mientras volvía a casa de Dar-Am esa noche. Y de pronto me sentí triste, triste por mi amigo, porque adivinaba toda la miserable historia que se agazapaba en las sombras...

Ella estaba allí, yaciendo en las alfombras y jugueteando con sus pulseras de oro. Al verme sonrió. Era una mujer que gustaba de ser admirada por todos. Ese era su alimento y su esencia...

-¿Dar-Am está aquí?

No. Discute con el rey acerca del pago de los soldados; como siempre. No comprendo por qué pierde tanto tiempo en ello.

Esos soldados mantienen viva la ciudad...

Tal vez... Tal vez... pero devoran mucho. Mira, ¿ves estas pulseras? Son regalos del rey. Dar-Am nunca guarda botín para él. Todo lo da a esa carroña militar y yo nunca tengo nada que otras mujeres puedan envidiar. ¿Qué clase de vida es esta?

No le respondí. Me fastidiaba su mezquina codicia, su estrechez de miras y el desprecio que demostraba por Dar-Am. Le deseé buenas noches y fui a mi cuarto dejándola rumar sus sueños mezquinos y sus pulseras de oro. La noche estaba pesada y fragante de flores.

(Pobre Dar-Am...)

Dormí con un escudo de luna protegiéndome de los dioses de la noche y un remover de flores en la brisa. Buena cosa es el sueño tranquilo... casi un presagio de la paz eterna.

Y de pronto el terrible grito que me desvela...

AAAAH!

¿Qué...?

Salí de mi cuarto empujando mi espada aún con el cerebro turbio de sueño, pero reconociendo la arista agónica de esa voz.

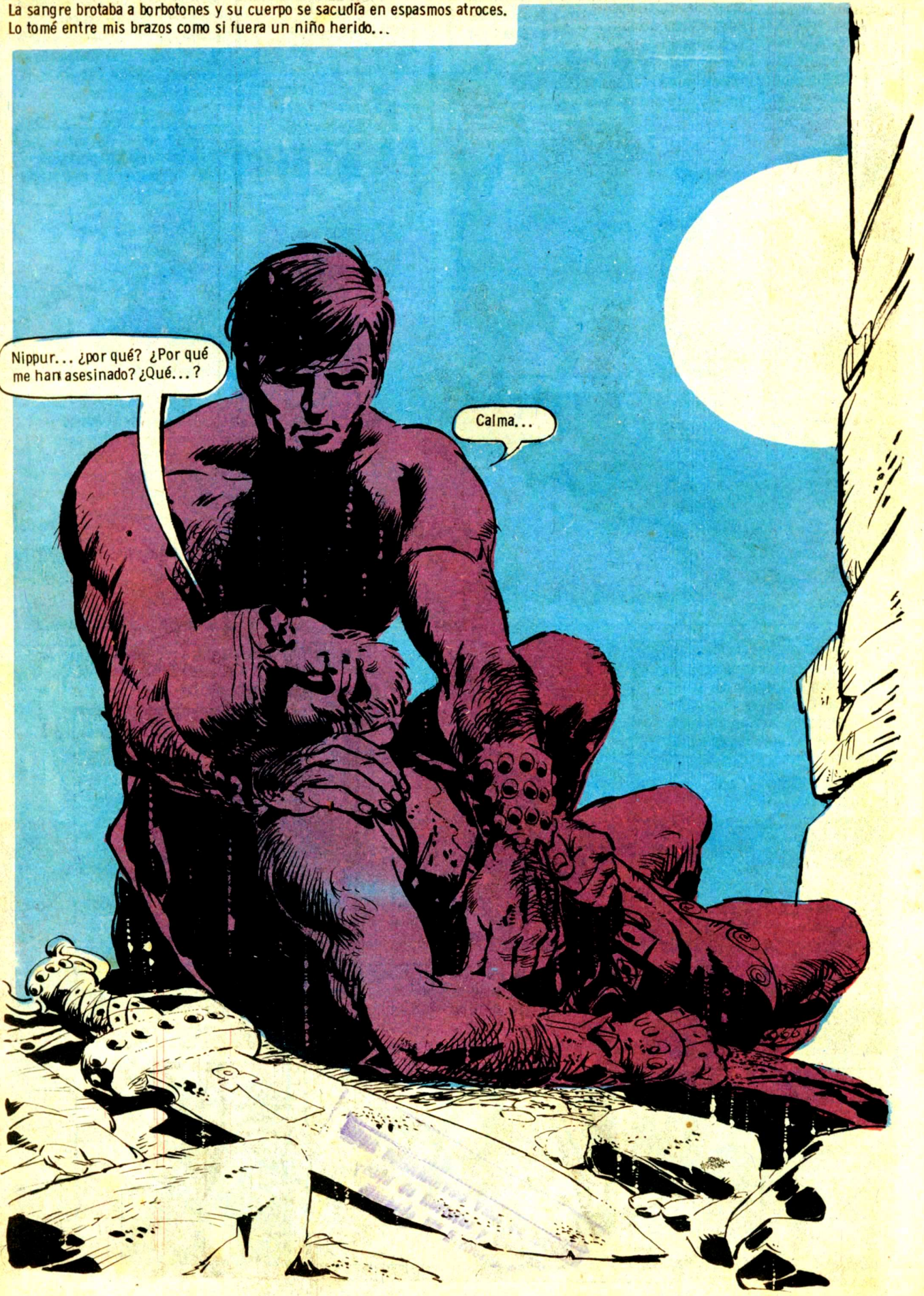
¡Dar-Am!

Nippur...

La sangre brotaba a borbotones y su cuerpo se sacudía en espasmos atroces. Lo tomé entre mis brazos como si fuera un niño herido...

Nippur... ¿por qué? ¿Por qué me han asesinado? ¿Qué...?

Calma...



Fueron los hombres de... de él... pero ¿por qué? Yo...

Me contempló fijamente pero sus ojos comenzaban a volverse vidriosos y su piel se enfriaba. Lo aferré con desesperación pero los dioses de la muerte tiraban con más fuerzas que yo. Lo oí murmurar...

Traición...

Y murió...

El sueño se había vuelto pesadilla y no sé cuánto tiempo estuve allí, acunándolo entre mis brazos y oyendo cómo la sangre huía de su cuerpo por entre mis dedos.

Luego hubo un retumbar de pies y el chisporroteo de antorchas y una voz conocida gruñendo con placer:

Ha asesinado al general.

Así me encontré en una jaula de madera, tan estrecha que ni siquiera podía alzar la cabeza estando sentado, oliendo la carroña de otras jaulas donde aún quedaban restos informes de otros sentenciados...

(Astuto... astuto rey... Astuta Manaman...)

(Todo lo han hecho bien. Ella se ha deshecho del esposo molesto y él del general demasiado querido. Ahora estarán tranquilos y podrán amarse y sonreírse sin que el olor de sangre les moleste. A esta gente nunca les ocurre...)

(Y hasta tienen un asesino para que pague. Un criminal para ser ejecutado. Yo...)

(Yo...)

En un principio creí que me dejarían pudrir en esa jaula hedionda pero tras varios días oír rechinar de maderas y vi la cabeza de fuego de una antorcha...

Sácalo.

Me arrastraron como un fardo. Yo casi no podía mover mis piernas ni enderezar mi espalda, semiparalizado por la jaula...

El rey te espera...

Sí. El rey me esperaba. Y toda su corte, engalanados como para una fiesta. Hasta había músicos y danzarinas. Era insultante el ver este regocijo y pensar en el cuerpo de Dar-Am destruido por los gusanos...



Ella se sentaba ahora a la derecha del rey y su persona relucía de joyas, de diamantes, de oro labrado y pedrería. No había nada que ignorar. Ella era la reina.

Ah. El asesino.

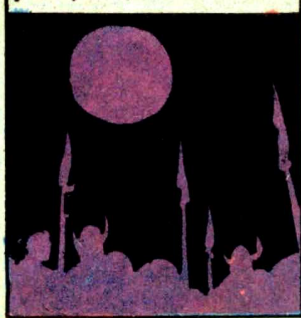


Sonreía mientras hablaba y todos sus adulones lo imitaban. Sonreía divertido por la burla sangrienta que representaba, grasiento y satisfecho entre su lujo y su corte.

Llevadlo afuera. Que el ejército y el pueblo lo vean.



Comprendí. Él necesitaba calmar a esa fiera temible, el ejército, con un asesino a sacrificar. Afuera se alineaban en silencio los hombres que marchaban tras Dar-Am, a pie o a caballo en mil batallas, exasperados, furiosos, tristes... Un cuerpo múltiple y decapitado.



¡Soldados! ¡He aquí el asesino de nuestro querido general! ¡He aquí el que se ensució las manos con sangre y el corazón con un crimen!



He aquí el que va a morir por su crimen...

Señor... Pido la palabra...

Adelante, veterano. Habla.



Dar-Am no sólo fue nuestro general. Fue también nuestro padre, nuestro amigo, nuestro hermano. Su muerte fue un insulto a todos los hombres de armas que lucharon junto a él. Por ello, oh, rey, el ejército te solicita permiso para ejecutar él mismo al asesino del general Dar-Am.



El rey escuchó apenas este discurso brutal. Sus ojos porcinos no se apartaban de Manaman. Adiviné que deseaba volver a la frescura del palacio, a la música, al vino y al placer de su ruín triunfo.

De acuerdo. El asesino es vuestro.



¡Guerreros!
¡Las lanzas!



El sordo viborear de las lanzas alzándose. Oír el cuero y los cuerpos sudorosos y el calor del sol, como una nube de lodo en el aire...



¿Listos?

Morir. Es tan extraño. No quiero morir. Y sin embargo las puntas de bronce de esas lanzas desgarrarán mi carne y mi corazón y harán florecer mi sangre en el viento. Morir. Es extraño...



¡Ahora!

Por un instante la luz del sol se opacó y el aire se llenó de silbidos. Fue como si el gran pájaro de la muerte oscureciera el día con sus alas.





¡Ahhhhh!



Por todas partes los cortesanos caían retorciéndose, atravesados por las lanzas. Gritos. Gemidos. Vi a los soldados desenvainar cuchillos y espadas y comenzar a avanzar hacia el palacio...

¡Nadie será perdonado!



¡Ahhh!



Nadie lo fue. Los mataron a medida que los encontraban. Hasta los músicos y las danzarinas flotaron en su propia sangre.



Y ella fue acorralada. El terror la afeaba y desesperada se arrojó las joyas que llevaba y las arrojó frente a los soldados que avanzaban con las caras heladas y las piernas sucias de sangre hasta las rodillas.

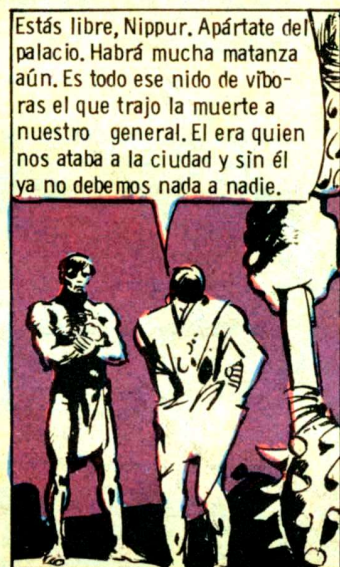
¡No! ¡Tomad! ¡Os doy todo lo que tengo! ¡Piedad!



¡Soy la reina! ¡Soy la mujer de vuestro general! ¡Piedad!



La mataron con odio, como a un perro en su rincón. Nadie tocó las joyas que fueron pisoteadas...



Estás libre, Nippur. Apártate del palacio. Habrá mucha matanza aún. Es todo ese nido de vibras el que trajo la muerte a nuestro general. El era quien nos ataba a la ciudad y sin él ya no debemos nada a nadie.



(Sí. Pobre Dar-Am. Tú diste una patria a estos hombres y bastó un rey mezcino y una mala mujer para echar todo a rodar. Toda tu obra ha sido destruida... pero también tus enemigos se hunden en su propio crimen...)



(Pero eso es pobre consuelo para los que te hemos perdido. Nosotros seremos muy pobres ahora... Un reino se pierde y se puede ganar otro... pero mi amigo se pierde y con él también se pierde un poco de nosotros mismos...)



Del palacio llegaban gritos sin cesar y el monótono y sordo golpear de las espadas, el chillar de mujeres, el estallido de ánforas rotas, todo el terrible concierto de la masacre. Luego, vi la primera lengua de fuego alzar su cabeza amarilla...

FIN

NIPPUR DE LAGASH

(E-134)

La mujer era delgada y tal vez bella, sí, tal vez lo era, pero su belleza se había petrificado en ese rostro helado y sin vida y en el rictus amargo de su boca, como si un destino extraño hubiera lanzado un conjuro de odio sobre ella. Vestía de negro y montaba su caballo con facilidad.



EL HOMBRE QUE MATÓ A SITULLAH

Por ROBIN WOOD

Dibujos de CARLOS LEOPARDI

A su lado marchaba el hombretón. Y éste era merecedor de mucha atención. Alto y fuerte, con músculos enormes bulliendo bajo la piel reseca, extrañamente ágil y con ojos quietos y muertos bajo las pobladas cejas.



Llevaba el rostro cubierto de extraños tatuajes y la cabeza afeitada y marchaba a pie, sin hacer caso del sol ardiente y del suelo rocoso...

De pronto se detuvo y señaló a lo lejos...

Allá están las ruinas, señora. Allí se refugiaron los restos del ejército.

Vamos.



Poco después penetraban en lo que una vez fuera una ciudad y que ahora sólo era un esqueleto de piedra, alfombrado de polvo. Aquí y allá se veían grupos de hombres y mujeres comiendo, hablando, durmiendo...



¿Quién tomó el mando del... de esto?

No sé, señora. Luego que el ejército fue derrotado, los sobrevivientes vinieron aquí y se convirtieron en bandidos. Asolaron la región, saquearon a los campesinos y se hicieron un pequeño reino de violencia...



La mujer cerró los ojos por un instante como si un secreto dolor le cortara el aliento...

El sueño de mi marido...



Los bandidos los vieron aparecer y poco a poco las voces fueron enmudeciendo. La mujer de negro y el guerrero avanzaron hasta el centro del campamento y allí, ella habló...

¿Quién es el jefe?



Hubo un cambio de miradas y algunos guiños y risitas y de pronto, un corpulento guerrero, aprestando a vino se acercó a ella...



¿Para qué quieres a Kudar? El ya tiene esposa... en cambio yo...

El rostro de la mujer no expresó ningún sentimiento ni su voz se alteró cuando dijo sencillamente...

Garath...



El movimiento fue tan veloz que sólo pudieron captar una luz blanca, centellante, que culminó en un grito y una llamarada roja...

¡Ahhh!



El gigante desclavó su puñal sin una palabra y sin siquiera dedicar una mirada a los que lo rodearon o al miserable cuerpo hecho un harapo a sus pies. La mujer habló otra vez...



Busco al jefe. Sea quien sea.



Yo soy.

Se acercó a la mujer con cautela. Era el jefe, no sólo por su fuerza sino también por su astucia y por su instinto y era su instinto el que le aconsejaba prudencia.



¿Qué buscas aquí, mujer? No me gusta que nadie mate a mis hombres.

-Tus hombres son carroña. No he venido a perder mi tiempo en alimentar a los gusanos con ellos.



¿A qué has venido entonces?

La mujer arrojó algo a los pies del bandido. Este lo recogió y al instante una luz de interés iluminó sus ojos. Entre los dedos sostenía un pequeño trozo de oro macizo...



Ah. Esto me gusta. Habla ahora. ¿De qué se trata?



Busco al hombre que asesinó a Situllah, el que fue tu general.

¿El...?



¿Quién eres tú, mujer?

Su esposa. Oí de su muerte. Oí cómo fue asesinado por uno de tus hombres durante la batalla. Asesinado por la espalda mientras se batía contra los enemigos de nuestra ciudad.



Quiero la cabeza de ese hombre. A cambio de ella te daré un cofre lleno de piezas de oro como el que tienes en la mano.

Humm.



De acuerdo... pero me llevará un par de días.

Mi criado y yo acamparemos junto a la muralla y esperaremos allí.



-Esto es idiota, Kudar. ¿Cómo harás para darle el asesino de Situllah?

Eso es lo de menos. Lo importante era que ella quedara en la ciudad. Debe tener el oro consigo y cuando caiga la noche...



Mira. Un jinete.

Ahá. Un viajero.



Ese era yo.



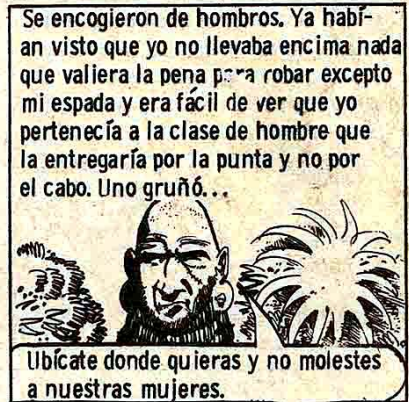
No sé cómo llegué allí. Hacía mucho ya que mis rumbos estaban perdidos y los caminos se habían vuelto serpientes entrelazadas, muertas una sobre la otra. Me bastó penetrar en esa ruina olvidada para comprender dónde estaba...

(Bandidos refugiados aquí con sus mujeres... Veamos cómo me reciben... Mi caballo está agotado y yo también...)



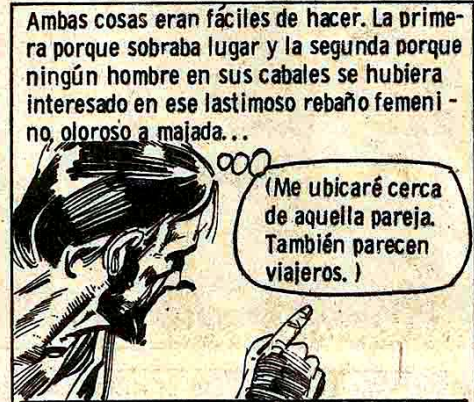
Me detuve ante los hombres que me observaban y durante un instante nadie habló. Les di tiempo para que detallaran mis músculos y mis armas y también para que apreciaran mi pobreza. A veces la pobreza es mejor escudo que cien espadas...

Soy un viajero y deseo pasar la noche aquí.



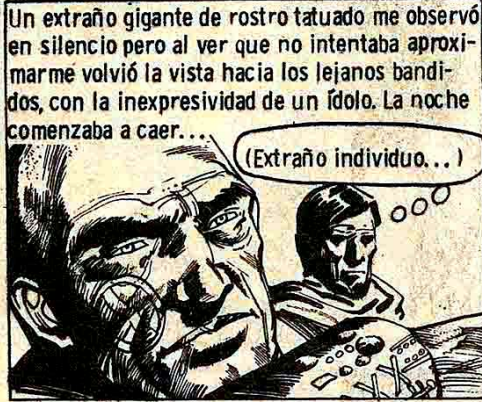
Se encogieron de hombros. Ya habían visto que yo no llevaba encima nada que valiera la pena para robar excepto mi espada y era fácil de ver que yo pertenecía a la clase de hombre que la entregaría por la punta y no por el cabo. Uno gruñó...

Ubícate donde quieras y no molestes a nuestras mujeres.



Ambas cosas eran fáciles de hacer. La primera porque sobraba lugar y la segunda porque ningún hombre en sus cabales se hubiera interesado en ese lastimoso rebaño femenino, oloroso a majada...

(Me ubicaré cerca de aquella pareja. También parecen viajeros.)



Un extraño gigante de rostro tatuado me observó en silencio pero al ver que no intentaba aproximarme volvió la vista hacia los lejanos bandidos, con la inexpresividad de un ídolo. La noche comenzaba a caer...

(Extraño individuo...)



(Y también la mujer. ¿Quiénes son? Si son viajeros deben estar locos para haberse detenido aquí. La mujer parece de alta clase...)



Me encogí de hombros y devoré mis provisiones, me envolví en mi manto y me eché a dormir. Hace ya mucho que las preguntas sin respuestas han dejado de quitarme el sueño...



Pero bastan otras cosas para interrumpirlo...

(Estoy seguro que algo ocurre...)



Y de pronto vi las sombras que se movían caute-
losamente, avanzando como arañas hacia la pa-
reja que llamara mi atención.



(Van a atacarlos
mientras duermen...)

Tomé una piedra y la lance. No pude ver el
resultado de ello pero
tuve el presentimiento
de que el extraño gue-
rrero de rostro tatuado
era hombre que sabía
aprovechar los mensa-
jes...



Y no me equivoqué...



¡Ahhhh!



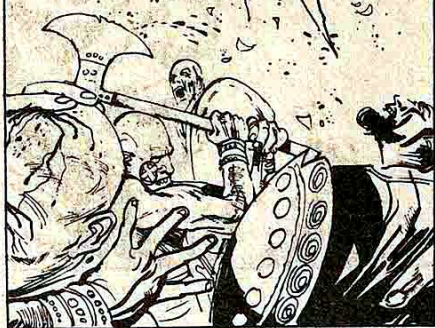
¡Nos ha visto!
¡A él!



Y una docena de sombras aullan-
tes se puso de pie y avanzó a
la carrera hacia el ojo de fuego
de la hoguera. Vi al gigante em-
puñar un leño ardiente y un ha-
cha de dos cabezas...

Y entonces la horda estuvo sobre él ru-
giendo y trazando molinetes de bronce
a su alrededor. El gigante se movió con
economía, usando su hacha aquí, su
antorcha allá...

¡Ahhhh!



¡Socorro, Garath!



¡Ahhh!



Tomé del brazo a la mujer
y sin perder tiempo en con-
templaciones la arrojé fren-
te al gigante. Luego, de un
salto llegué a su lado. Cru-
zamos una mirada de inte-
ligencia...

Espalda a espalda, guerrero.





Así lo hice y cubriéndonos mutuamente recibimos al anillo de rabia que se cerraba sobre nosotros. Había alaridos y maldiciones y la sangre volaba como una lluvia tibia y espesa y se oía el fragor de huesos al quebrarse y las respiraciones jadeantes...



¡Ahhh!



¡Ahh!



De pronto no hubo más atacantes. Sólo la hoguera con su fuego limpio y amarillo y algunos cuerpos desparrados a nuestro alrededor.

Se han retirado...

Arrastramos los cadáveres lejos. Sus compañeros tal vez se encargarían de darles sepultura, cosa que yo dudaba. Luego, nos reunimos junto a la hoguera y el gigante me pasó un pellejo de vino...

Bebe. Hoy, tu llegada ha sido más que providencial.

Durante un largo rato nos sentamos en silencio junto a la hoguera, sin hablar, alertas, escuchando la voz de la noche pero por fin nos convencimos de que no habría otro ataque...

¿Qué hacéis por aquí? Esta es mala zona.

¿Has oído hablar de Situllah?

¿Situllah? Sí. Fue el joven general que sublevó a las gentes de Azad contra el rey Lugal-Zaggizi, ¿no es así?

Sí. Hubo una gran batalla y durante ella alguien asesinó a Situllah. Desprovistos de jefe, los de Azad se desbandaron y fueron hechos pedazos por las gentes de Umma. Fue una matanza atroz y pocos hombres sobrevivieron.

Luego, los vencedores entraron en Azad y exterminaron a la población. Mujeres, niños y ancianos fueron pasados a cuchillo, las casas derribadas, los pozos cegados y las plantaciones quemadas. Azad fue borrada de la faz de la tierra.

Ella era la esposa de Situllah. Ella es la única que queda con vida de su familia y de su pueblo. Yo conseguí salvarla entre el incendio y la masacre y conseguí hacerla huir. También salvé su oro y ahora todo lo que ella desea es encontrar al hombre que mató a su marido...

Es ese asesino, el mismo que provocó la muerte de todas las gentes de Azad, la destrucción de la ciudad y el fin de toda su raza. Ese hombre ha destruído demasiado. Ella quiere su vida.



Comprendo.



¡Eh, vosotros! ¡No me atacéis! ¡Vengo en son de paz!

Acércate.



¿Es verdad que ofreces oro por el nombre del que mató al rey Situllah?

Si.



Entonces... yo te puedo dar ese nombre...

No me basta con un nombre. Quiero pruebas también.



¿Te basta ésta?



¿Qué es?

Es el collar sagrado del rey. El sello de Samás que lo protegía contra la desgracia. Nunca se hubiera separado de él...



... a menos de estar muerto, ¿verdad? Y no es todo. He visto también sus armas y su casco y sus joyas... Oh, yo conocí bien al joven rey. Lo recuerdo, arrogante y heroico, en su carro de guerra. Conozco sus cosas.



¿Dónde están?



En la choza de Kudar, el jefe.



Nos miramos sin hablar por encima de la hoguera. El rostro de la mujer estaba blanco y muerto y sus grandes ojos negros eran dos cavidades vacías y secas...

Entonces ha sido él.



El repugnante homrecillo nos observó ansiosamente y su mano sucia se abrió como una garra...

¿Y mi oro? Me lo prometiste...





Toma. Y vete.



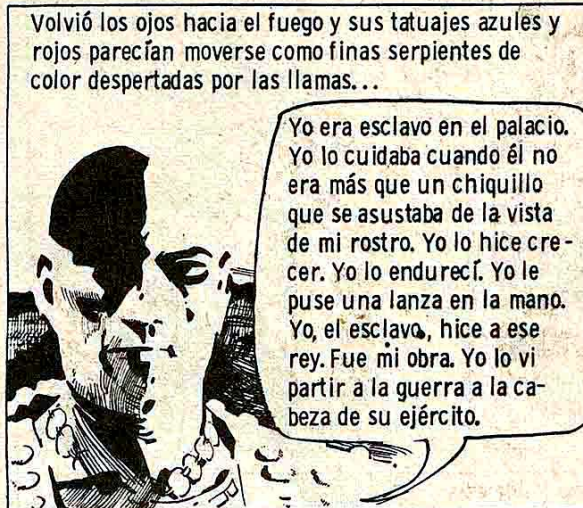
¿Qué harás ahora? Ya tienes el nombre del asesino.

Así es. Esperaré el día y lo buscaré.



Dimé, ¿por qué haces tú esto? Ella era su esposa... ¿y tú?

¿Yo?



Volvió los ojos hacia el fuego y sus tatuajes azules y rojos parecían moverse como finas serpientes de color despertadas por las llamas...

Yo era esclavo en el palacio. Yo lo cuidaba cuando él no era más que un chiquillo que se asustaba de la vista de mi rostro. Yo lo hice crecer. Yo lo endurecí. Yo le puse una lanza en la mano. Yo, el esclavo, hice a ese rey. Fue mi obra. Yo lo vi partir a la guerra a la cabeza de su ejército.



Y hoy una mano sucia me ha dado su collar a cambio de un poco de oro.



Ya no había más que decir. Vimos morir la hoguera en silencio, mientras en el horizonte se encendía otra, roja y eterna, la flor de Samás, el padre de todo lo que vive...



Y cuando la luz fue limpia y clara, envuelta aún la bruma azulina del amanecer, vimos el cuerpo colgado en el centro del pueblo. Y vimos las piezas de oro en su boca...



Kudar ya sabe que irás a buscarlo. No lo tomarás de sorpresa.

No. Pero no importa. Igual iré.



¿Sabes? Creo que te acompañaré pero por el amor de los dioses no me preguntes por qué lo hago. No te lo podría decir.

Como quieras...



Nos apartamos de la hoguera muerta y gris y avanzamos lentamente hacia las ruinas. Todo estaba en silencio y apenas si una brisa helada y azul hacía balancearse el cuerpo muerto. El crujido del cuero tenso llegaba hasta nosotros...



Y de pronto hubo un silbido. Y otro. Y otro.

¡Allí están!



Entramos a la carrera entre las casas en ruinas, evitando las flechas. Calculé que los que nos atacaban eran pocos, tal vez media docena...

(Y estoy seguro que no lucharán muy duramente...)



¡Allí está uno!



¡Ah!



¡Ahhhh!



El tercero vaciló un segundo pero la visión de esa catarata de sangre pareció de pronto sonar una nota de alarma en su cerebro y...



El gigante apareció en ese momento. Su hacha rezumaba sangre y también había sangre en sus brazos, piernas y pecho. Parecía un carnicero tras un día de mucha tarea y me estremecí al pensar en lo que dejara atrás...



No encuentro a Kudar.



¡Allá va! ¡Trata de llegar a los caballos!



No llegará.



No llegó.

¡Ahhhh!

Lo vi trotar rumbo al caído y no lo seguí. Ese era un instante que sólo le pertenecía a él. Me senté sobre una pared derrumbada y lo vi inclinarse sobre el caído.



Kudar no había muerto aún. Lo vi alzar dificultosamente la cabeza y murmurar algo. Hubo un intercambio de palabras y de pronto oí al agonizante reír. Era un ruido gorgoteante que lanzó frío en mi sangre...



Luego el bandido murió en un solplo de sangre y el gigante quedó junto a él, estremeciéndose como un animal al que le han dado un golpe mortal...



Y de pronto, dándome la espalda comenzó a correr, a correr hacia el otro extremo del poblado. Corría como un desesperado y sin saber muy bien por qué, me puse de pie y lo imité...



Dejamos atrás las ruinas y los muertos, abandonamos el perímetro de la ciudad. Descendimos un pedregal polvoriento y cruzamos por sobre el reguero muerto de un riacho...



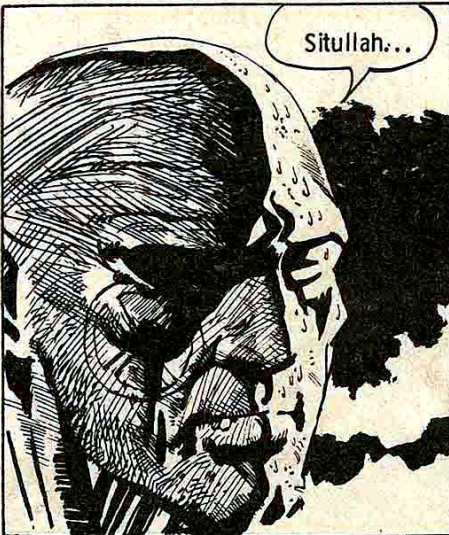
Y de pronto oímos el canto... Un canto farfullado y torpe, un canto de borracho, desentonado, gritado...



Estaba derrumbado junto a una inmundada choza y el hedor que desprendía su cuerpo sucio era traído hasta mí por el viento. Vi al gigante detenerse frente a él...



Situllah...



El borracho lo miró un instante vacilante y de pronto lanzó una carcajada...

¡El gran tatuado! ¡He aquí el hacedor de héroes! ¡Todos de rodillas, perros! ¡Todos cara al suelo pues aquí está el gran Garath, el de los sueños grandiosos!



Entonces... ¿es verdad lo que me dijo Kudar? ¿La historia de tu asesinato? ¿Fue una fábula? ¿Es cierto que simplemente tuviste miedo de pelear y huiste? ¿Es cierto que fue tu fuga la que nos hizo perder la batalla? ¡Contesta!



Aquella ruina humana se volvió de pronto a Garath y chilló con los ojos desorbitados y las manos hechas garfios...



¡Sí! ¡Claro que sí!
¡Claro que huí! ¿Qué me importaba a mí la ciudad? ¡Yo no quería morir! ¡Yo tenía miedo! ¿Entiendes? ¡Miedo!

Pero no... tú no entiendes eso... Tú estás lleno de sueños de gloria y de coraje... tú y mi mujer. Los dos juntos me lanzaron a la guerra... Ustedes me usaron como herramienta para obtener gloria. Una gloria que a mí no me hacía falta ni quería... ¿Por qué no me dejaron en paz?



Garath seguía de pie allí pero ahora toda su gigantesca figura parecía desmoronarse como una pirámide de hielo al sol... Con dedos torpes desenvainó un cuchillo...



Titubeó y por fin...



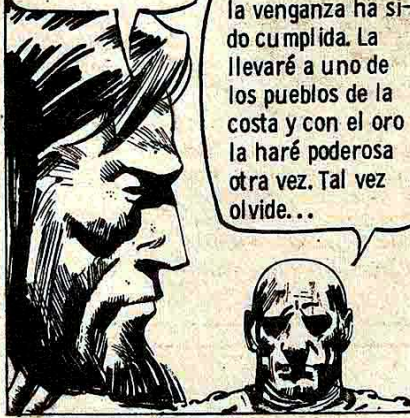
Volvamos, Nippur... No quiero que por accidente ella venga aquí.

De acuerdo.



¿Qué le dirás?

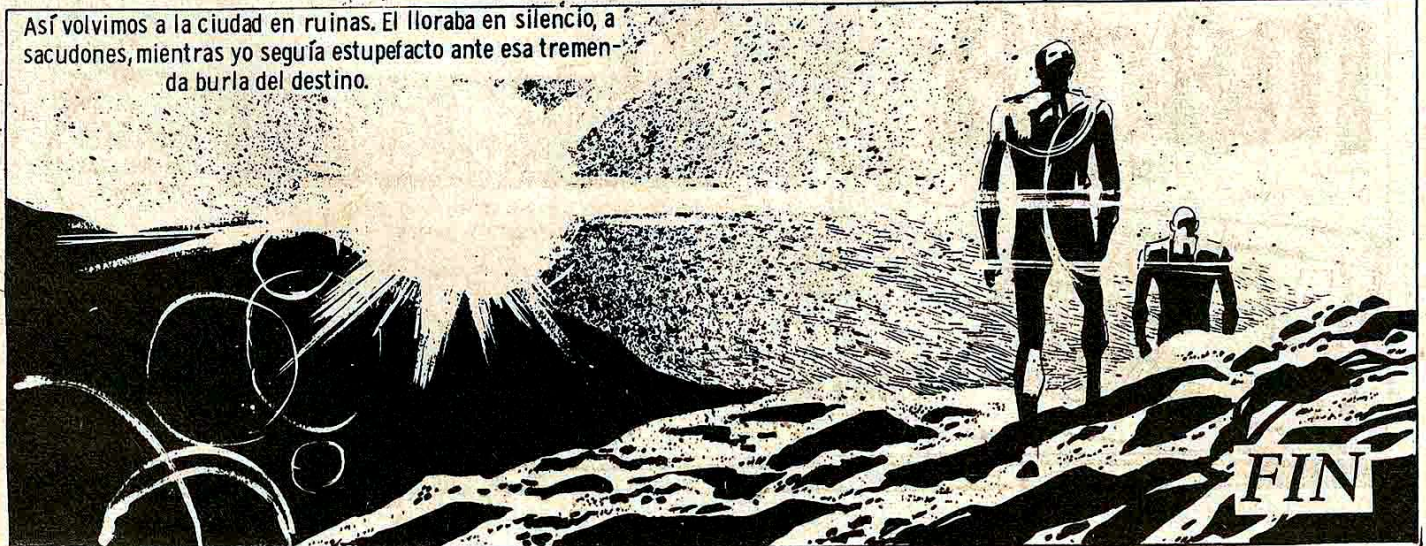
Nada. Le diré que la venganza ha sido cumplida. La llevaré a uno de los pueblos de la costa y con el oro la haré poderosa otra vez. Tal vez olvide...



Y calló. Y pude ver gotas cristalinas correr por sobre los atroces tatuajes rojos y azules...



Así volvimos a la ciudad en ruinas. El lloraba en silencio, a sacudones, mientras yo seguía estupefacto ante esa tremenda burla del destino.



NIPPUR DE LAGASH

[E-136]

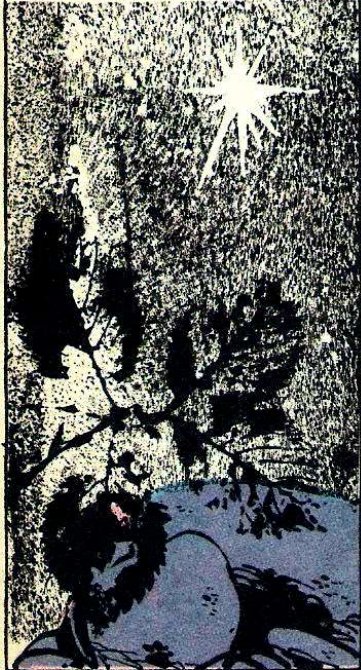
**EL RICO Y
LOS POBRES**

Por **ROBIN WOOD**



Dibujos de **MULKO**

Todo hombre tiene su estrella. Eso es sabido entre los viajeros que han aprendido la importancia de los símbolos en las jornadas interminables de los caminos que van a ninguna parte. Lo han aprendido en noches de frío y silencio, acurrucados junto a una hoguera de soledad. Lo han aprendido en el eco de su voz en los desiertos de piedra y en el único y total de los cielos extranjeros...



Por eso, en la noche, los viajeros buscan su estrella en el cielo negro. Buscan esa gota de luz que les pertenece, que han adoptado como un amuleto contra la pena y la soledad. Es esa estrella diminuta, titilante, lejana y sin embargo cálida como un insecto de luz lo que los protege de la triste corrosión de la nostalgia.



Pero yo nunca he tenido una estrella. Como si mi artero corazón, luchara contra mí y se negara rabiosamente a concederme ningún alivio, mis estrellas adoptadas se han extraviado por los extraños senderos de la noche, se han enfriado y perdido para siempre...



Pero, ¿quién sabe? Tal vez hay una estrella allí en lo alto que es mía, que me espera, que sólo necesita ser descubierta por mí, como dos enamorados que vagan por la vida sin conocerse, ciegos y perdidos buscándose el uno al otro sin saberlo...



Y de pronto oigo ruidos de voces y entrecocar de metales en la noche. Me endrezco con cautela mirando las tinieblas, apartándome del fuego que me convierte en un blanco fácil y empuño mi arco y coloco una flecha en la cuerda.



(Claro que no son hombres de armas. Nadie avanza haciendo tanto ruido entre los profesionales.)

Entonces apareció el hombre, muy delgado y tímido, rodeado de varios niños de cabellos de plata y rostros cansados. Más atrás vi un asno y una mujer...

Los dioses te bendigan, forastero. Vimos tu hoguera y decidimos pedir permiso para compartirla.



Y Tisues emergió de la noche con su rostro fino de flor, sus ojos claros y tímidos y su cabellera de plata, forcejeando con un bulto demasiado grande para ella.



Dame.



Acércate.



La mujer estaba encinta y descabalgó con dificultad. Los niños se sentaron junto al fuego y casi enseguida se durmieron ebrios de fatiga.



Me sonrió con esa confianza con la que sólo sonríen los muy niños o los muy viejos. Confianza sin recelos de los que poseen la inocencia o de los que la han vuelto a hallar más allá de la ambición.



Gracias.

Les ofrecí queso y vino y comieron ávidamente. Tenían las ropas polvorientas y los pies ensangrentados y debían venir de muy lejos, viajando a toda prisa. Pregunté...

Sí. Venimos de muy lejos, amigo. Vengo de las murallas de Akad y voy hacia las tierras de Kadar. Ni nombre es Karadim.



¿Qué harás allá?

Mi hermano ha muerto y me ha dejado alguna tierra y voy a hacerme cargo de ella.



Es un largo viaje el que haces. ¿Estás seguro de que vale la pena?

Mira mi familia. Somos muchos y en Akad no teníamos nada. Más de una vez hemos tenido que dormir con el estómago vacío. Nada había para perder.

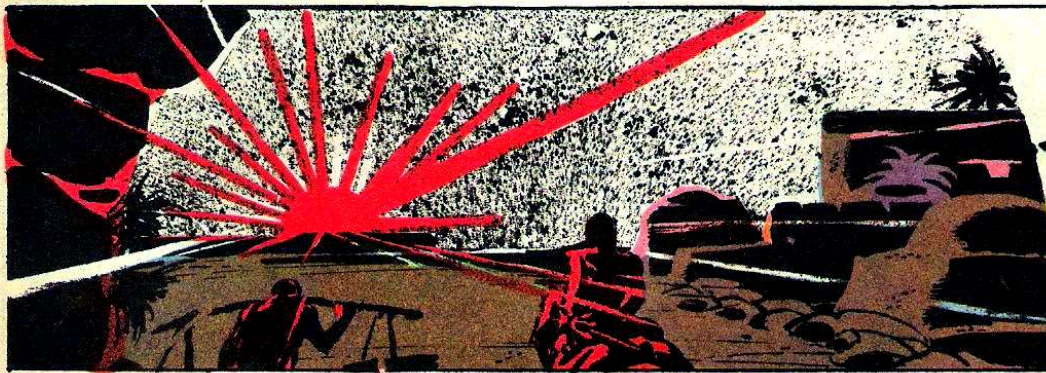


Tisues me contemplaba con curiosidad pero cuando volví la vista hacia ella bajó los ojos velozmente y enrojeció...

Creo que te acompañaré. Nunca he visitado el país de Kadar.



Ella alzó fugazmente los ojos y sonrió...



¿Conocéis el país de Kadar? Está amurallado de colinas al norte y los grandes valles se extienden al sur. Es buena tierra negra donde las semillas crecen fácil y los riachos mantienen una eterna primavera. En el centro, como un corazón de piedra, se eleva la ciudad de Kadar, donde las frutas y las carnes se comen.

No nos costó mucho encontrar la casa del difunto hermano de Karadim. Bastó con preguntar una sola vez...

¿Ardanam? ¿Que si lo conocía? Claro que sí...



Y agregó con un escupitazo...

¡Y ojalá nunca vuelva a levantarse de su tumba!



Aquella es su casa.

¿Eh?



Hasta yo me impresioné, yo, que he visto las grandes ciudades y las fortalezas eternas levantadas por los gigantes. Era un edificio fantástico, blanco y soberbio, levantado sobre una colina y dominando toda la ciudad...

¿Tan rico era mi hermano?



No tardamos en conocer la respuesta cuando Karadim mostró las tablillas selladas por los sacerdotes de Akad certificando su identidad.

Por aquí, noble señor.



¡Por Samás, Nippur! ¡Soy rico! ¡Soy rico!

Eso parece.



Un joven de rostro pálido y dientes torcidos lo vino a recibir. Tenía en la mano derecha el tatuaje azul de los tesoreros y se presentó.

Soy Sasir, el hombre de números de tu finado hermano, señor, y ahora tuyo. Me alegra que hayas llegado y que puedas tomar posesión de tu fortuna.



Este... ¿Qué es lo que he heredado, exactamente?



El tesorero lo contempló con curiosidad...

¿No lo sabés?

No... Perdí casi todo contacto con mi hermano... Sé que poseía algunas tierras en el valle...



No, señor. Lo que tu hermano poseía era el valle entero, las tres cuartas partes de la ciudad, los mercados, los viñedos y las plantaciones de frutos del norte y del sur, los madereros y las alfarerías, el mercado de cobre y de oro, las minas del roquedal, las tejedurías... En fin... es muy largo para detallarlo ahora...

Por un largo instante, Karadim vaciló como golpeado por una roca y por fin balbuceó...

¿Y ahora todo es mío?

Todo.



Y poco a poco vi encenderse en sus ojos esa luz que he visto tantas veces. La luz de revancha. La sed de venganza contra la vida. La represalia del humilde que de pronto se vuelve poderoso...

Soy rico...



Haz me traer vino. Inmediatamente.



Me contempló con ojos triunfantes y me sentí incómodo. Este ya no era el tímido hombrerito que había agradecido mi queso y mi vino a la luz de una hoguera.

Soy rico, Nippur. Ahora soy poderoso.



A todo esto. ¿De qué murió mi hermano?

Degollado, señor.



La copa se escapó de sus manos y se estrelló en el suelo. El vino formó un charco rojizo en el cual reverberaba la luz de las antorchas.



En los días que siguieron ví la transformación de Karadim. Su rostro se endureció y aprendió a aullar órdenes con voz chillona y rabiosa. Ahora vestía bien y cuidaba su cabello y una escolta de esclavos trotaba siempre a sus talones.

(Creo que llega el momento de irme...)



Nippur...



No me gusta esto. No me gusta esta casa ni esta riqueza demente. Mi padre está irreconocible y mi madre pasa todo el día probándose nuevas alhajas y cubriéndose de diamantes y perfumes. Me gustaría estar otra vez en Akad.



No se puede volver atrás en la vida, Tisues. Sólo se puede ir hacia adelante... incluso aunque no nos guste el camino.

Dime, ¿sabes quién mató a tu tío?

No. Simplemente encontraron su cuerpo muerto en el centro del pueblo. Nadie sabe nada... o nadie quiere decir nada.



Nippur... hay momentos en que tengo miedo... Parece que algo flota sobre esta casa... Algo terrible...



Calma... calma...



¡Aparta las manos de mi hija, vagabundo!



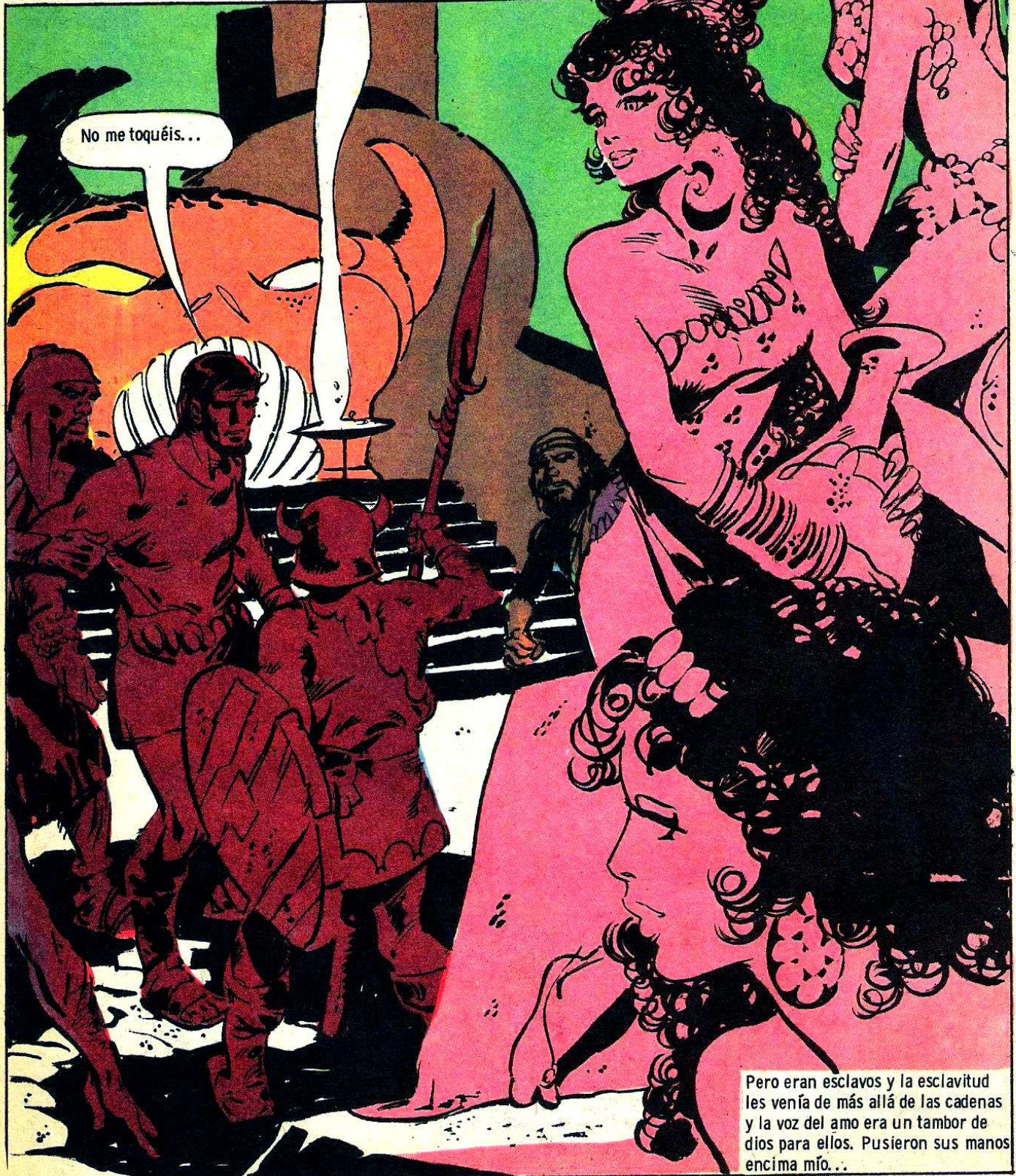
Estaba de pie cerca mío, temblando de cólera, rodeado de sus esclavos, aplastado bajo el peso de sus joyas y sus lujosas vestiduras.

¿Cómo te atreves a tocarla? ¿Olvidas tu nivel? ¡Ella es mi hija! ¡La hija de un hombre poderoso!



No. Ella es la hija de un hombrecillo ebrio, eso es todo, Karadim. Bájate de tu pedestal. Podrías caerte y hacerte daño.







¡Fuera!



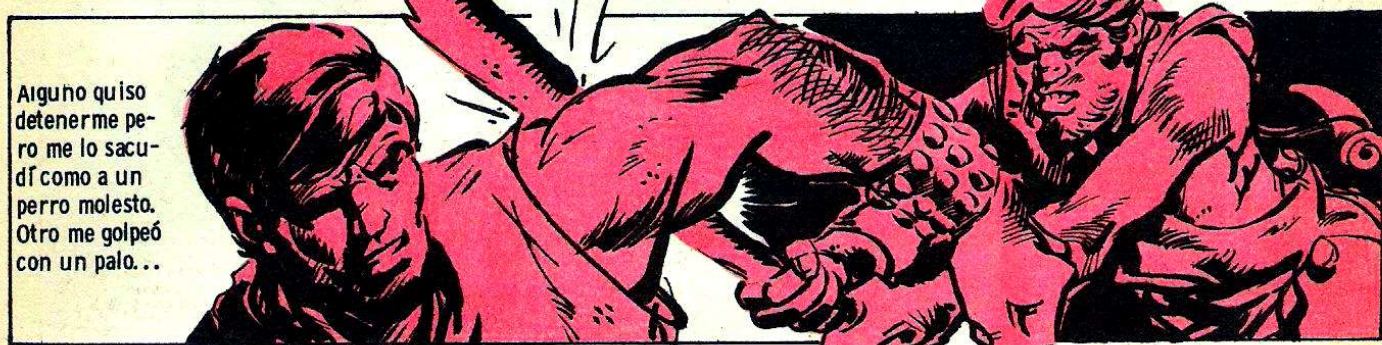
¡Ahhh!



Venían sobre mí de todas partes entre revuelos de vestiduras y estampidos de sandalias. Oí el chillido histérico de Karadim y el sollozo de Tisues.



Golpeé una cara y oí el estallido de huesos rotos. Yo soy hombre de grandes puños y sé abrirme paso entre árboles y hombres...



Alguno quiso detenerme pero me lo sacudí como a un perro molesto. Otro me golpeó con un palo...



¡Dame eso!



¡Ahh!



Pero seguían viniendo y sus manos eran como un bosque de espinas que me rodeaban desgarrándome e hiriéndome. Sentí que la respiración se me volvía pesada y los brazos se abatían de cansancio.



Me tambaleé...

Y caí. Y ellos me siguieron en mi caída como una manada de perros asesinos, golpeando, hiriendo, desgarrando; dientes, saliva y ojos vertiéndose sobre mí en un abanico de sangre...



Después no sé... De pronto una gran ola negra se apoderó de mí y me hundió en una profundidad ciega y sorda...



¡Basta! ¡No lo maten!

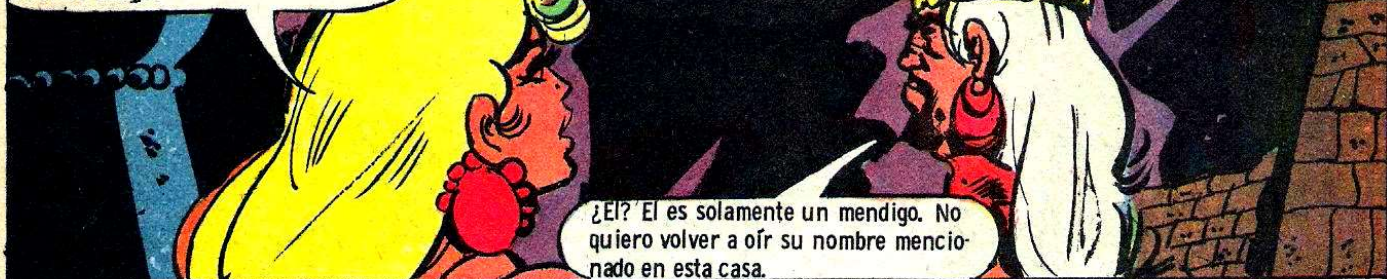


¿Qué haremos con él?

Tírenlo al camino. No guardo carroña en mi casa.



Padre... por amor de Samás... ¡El es nuestro amigo!



¿El? El es solamente un mendigo. No quiero volver a oír su nombre mencionado en esta casa.

Oh, padre...



El rostro emergió de la bruma negra y en un principio no pude reconocer sus rasgos. Luego, poco a poco éstos se fueron delineando como ariela que se seca al sol...

Bebe, extranjero. Te hará bien.



¿Dónde... dónde estoy?

Te recogimos en el camino. No creíamos que sobrevivirías. Tenías huesos rotos, heridas, y yacías en un charco de sangre como un río. Por suerte eras grande y fuerte.



¿Eres enemigo del hombre rico?

¿De Karadim? No. Era su amigo pero ahora sus valores han cambiado.



Ah. Ha sido mordido por la enfermedad del poder, ¿eh?

Sí.





Su hermano fue lo mismo. La riqueza se le metió en la sangre y olvidó el respeto por los demás. Se aficionó al látigo y al insulto y de abuso en abuso marchó hacia un filo de cuchillo.



¿Tú sabes quién lo mató?



Me miró con una expresión extraña. Como de lástima...

Todos lo saben.



Mira mi casa. Trabajo en las plantaciones del rico desde la mañana a la noche y regreso con un mendrugo para comer y desde aquí oigo los ladridos de sus perros que se hartan de carne.



"En aquella casa vive Gur, el orfebre. Por trabajar poco un día fue azotado. Era viejo y quedó inútil. Ahora se va muriendo de hambre de a poco. Cinceló las joyas del rico durante toda su vida."

"Y allá está Ula, que fue hermosa. El rico arruinó a su marido y lo convirtió en esclavo por codicia de ella. Y del otro lado del pueblo viven mineros que mueren todos antes de haber visto nacer su primer hijo."



¿Comienzas a comprender quién mató al rico?

Creo que sí...



La ciudad lo mató... todos...

Sí. Lo sorteamos. Colocamos piedras blancas en un caldero. Y una negra.



A través de la puerta miré el pueblo callado en la noche y más allá la gran casa blanca resplandeciente de antorchas en lo alto de la colina...

Y su hermano es aún peor. Tiene mucha pobreza que desquitar. No hay peor tirano que el humilde que de pronto sube a la cumbre.



Me fui recuperando muy lentamente y gracias al oro que llevaba encima la anciana pudo comprar comida para ambos. Cada día oía noticias nuevas que amasaban el aire con un presentimiento negro y ponzoñoso...

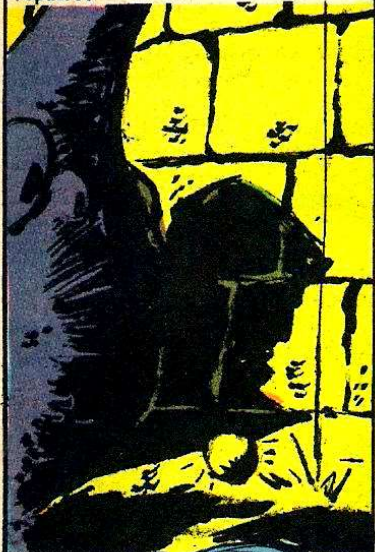
Karadim hizo marcar con un bronce rojo a cuatro agricultores que no lo saludaron con el debido respeto. Y echó de sus casas a dos familias por no poder pagar la tasa.



La riqueza lo ha corrompido...

Sí. Se ha convertido en un tirano diez veces más brutal que su hermano. Hay mucho silencio en el pueblo.

Ella se inclinó para tomar el cántaro de agua y algo cayó de entre sus ropas...



La recogí... y una serpiente de hielo corrió por mis huesos al ver lo que era.

Una piedra blanca.



La anciana me miraba sin un gesto, con el rostro duro e impenetrable y una luz implacable en los ojos.

Sí. Es una piedra blanca.



¡No podéis hacerlo otra vez!

¿Por qué no? Y esta vez destruirán todo para que la casa blanca no vuelva a tener un amo. Esta vez ya no arriesgaremos otra esclavitud...



¡No es solamente él quien se ha corrompido! ¡También vosotros estáis enfermos! ¡Matásteis una vez y os gustó! ¡También sentisteis el poder! ¡Vosotros también queréis un esclavo en la casa de la colina! De pronto descubristeis qué fácil es matar. ¡Os gustó y queréis hacerlo otra vez!



Sí. Lo haremos otra vez. Somos nosotros los verdaderos dueños del valle. Nosotros tenemos la fuerza. No nos hace falta un amo. Tenemos cuchillos. Y en este momento los cuchillos trepan a la casa...

¿Ahora?



Sí. Esta vez había cincuenta piedras negras.

Oh, dioses...



Me incorporé como pude y tambaleante me lancé a la calleja. La noche estaba oscura y en lo alto de la colina florecía la luz como un oasis de antorchas estallando en el viento...

¡No vayas! ¡No podrás hacer nada!

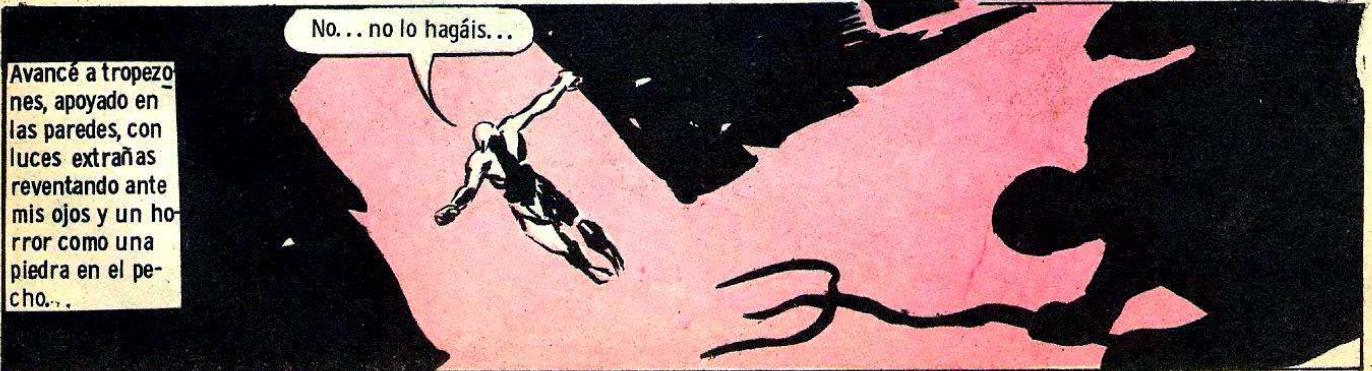


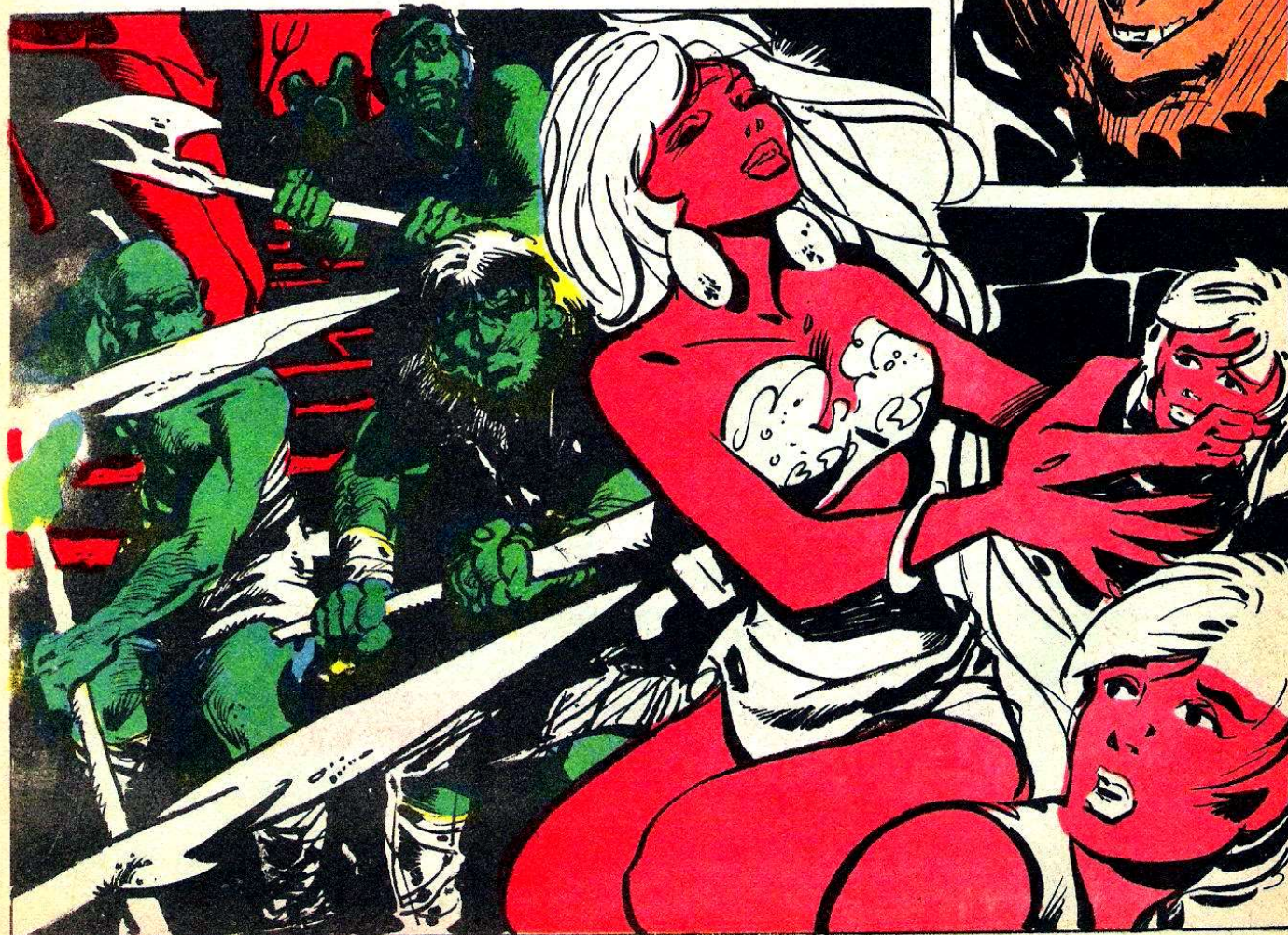
¡Ahhh!



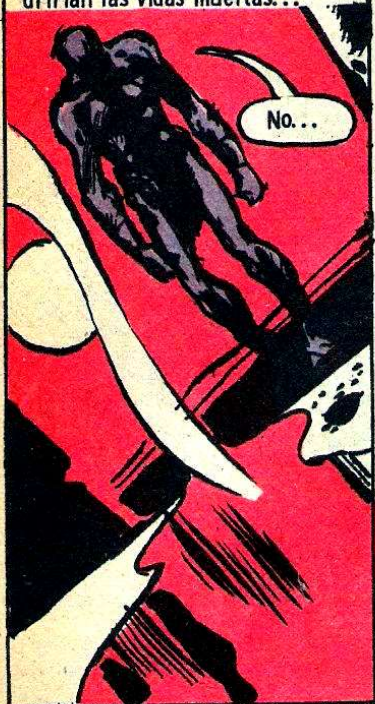
No... no lo hagáis...

Avancé a tropezones, apoyado en las paredes, con luces extrañas reventando ante mis ojos y un horror como una piedra en el pecho...





Y llegué frente a la blanca casa de la colina. Y ví los arroyos rojos que se vertían lentamente por los escalones, sin ruido, pesados arroyos humeantes donde se pudrirían las vidas muertas...



Me miraron en silencio y ví en sus ojos el mismo brillo que viera antes en los de Karadim. El brillo de la revancha satisfecha. Pero la de ellos no había sido una revancha de oro sino una de bronce.





Locos... locos...

Y por todas partes los cuerpos lacerados, como puñados de carne muerta(y no otra cosa eran) apilados en los rincones. Ojos inmóviles y manos engarfiadas y un horror de sangre y decapitación.



Ella estaba allí, aún intentando proteger a otros con su cuerpo, fría y con la incomprensión pintada en los ojos y los cabellos de plata teñidos de rojo...

Tisues...



Tisues...



Los miré despacio y me devolvieron la mirada. No estaban avergonzados ni sentían remordimientos. Se sentían fuertes y no me temían. Y yo sollozaba de rodillas en la sangre tratando de entender algo en esta vida miserable y bestial.



Locos. Estúpidos locos.



Estúpidos...



Locos...





Y en la sangre que brillaba a la luz de las antorchas, miles de estrellas sanguinolentas parecían burlarse de mí, de ellos y de la vida, arrojándonos la realidad de la muerte a la cara como un puñado de carroña.

NIPPUR DE LAGASH



**LA DANZARINA
DEL TORO**

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **MULKO**

2-318

A pesar de lo que creemos, nuestros días están vacíos de nosotros mismos. Pocas veces el hombre se ve. Pocas veces llega a sentir el pulso de su vida, de sus sentimientos, de su propia existencia. Ciegos y sordos deambulamos por los caminos sin comprender lo que nos rodea.



Voces dormidas que tratan de despertarnos, anhelos insatisfechos, una verdadera vida que se crispa como un puño prisionero. Amigo, el hombre es un buen carcelero de sí mismo.



Pero a veces alguien se libera. A veces el pájaro huye de la jaula y se remonta al azul infinito, ebrio de júbilo y de espacio abierto. Pocos lo logran. El hombre atesora sus temores como joyas sucias que no se atreve a mostrar. Uno teme por su oro, el otro por su honor, el otro tiene una esposa hermosa y el rey tiene un trono. Hasta el vagabundo tiembla ante la idea de perder su hogaza de pan duro.



Yo no soy mejor que nadie. No tengo nada para perder y sin embargo me aferro a mi pobreza como un avaro y me asusto cuando debo enfrentar la realidad de mi vida vacía. ¿Qué he hecho de ella?



¿Mujeres, vino y combates? ¿Algún amigo aquí y allá? ¿Alguna piedra alzada en una plaza con memorando mi nombre y hablando de mi gloria y que será regada por los perros?



Ah. Me asusta pensar en mí mismo. Me siento frustrado e inútil y tengo miedo de tener que ser honesto y confesar mi verdad vacía. Por ello cuento historias cuando mi mente se rebela y grita a mis entrañas: "¿Quién es Nippur? ¿Qué es Nippur?"



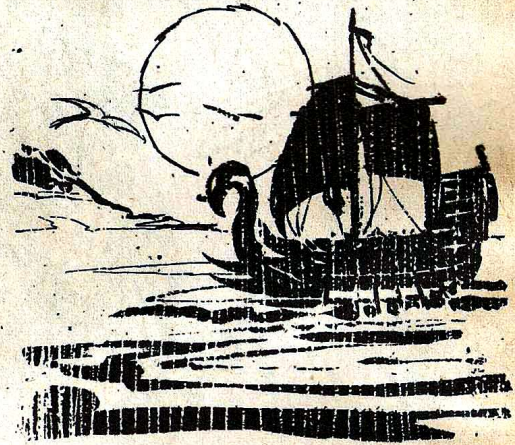
Guerrero de viento. Vanidoso de camino. Ambicioso sin entusiasmo. Esq, Nippur. Nada.



Y hoy estos pastores que me admiran me han pedido una historia que los haga soñar por encima de su fuego de carroña de oveja y los lleve por un instante a otro mundo mejor. Tal vez porque estos pensamientos rondaban en mi pecho les conté la historia de Milena.



Todos recordaréis que antes que Teseo se convirtiera en amo de la Hélade todas las tierras conocidas eran vasallas de Creta y pagaban impuestos a esa madre, inmortal y corrupta. Pagaban en oro, en granos y ganados para evitar que los barcos de velas negras y sus guerreros de ébano trajeran el fuego y la muerte.



Y también pagaban en jóvenes. Cada año, cada ciudad debía enviar seis muchachos y seis muchachas a Knossos, a danzar ante los toros cretenses... Todos recuerdan ese período sombrío cuando el Minotauro dominaba los mares y las tierras y las gentes...



Milena era muchacha de Atenas y en nada se diferenciaba de las otras. Ni demasiado bonita ni fea. Creció como todas las demás jóvenes, aprendió a hilar, coser y cocinar y esperó que un día la casaran.



Pero el destino tejía otra madeja. Egeo era rey de Atenas y se comentaba la llegada de su, hasta entonces, desconocido hijo, Teseo, el aventurero.



El joven había llegado de Eleusis precedido de leyendas de glorias y combates y casi al mismo tiempo llegó la flota de Creta en busca del tributo.



¿Tributo? ¿Por qué? ¡Tenemos espadas!



Hablas como un joven. Con músculo y sin cerebro. Creta puede barrernos de un solo zarpazo. Creta tiene ejércitos incalculables, flotas y oro. ¿Y nosotros? Tú lo has dicho: tenemos espadas.



Creta no es invencible.



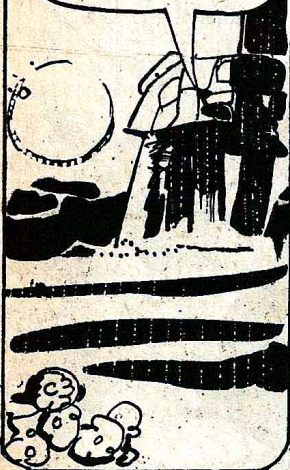
Creta es invencible.



Teseo no era sólo músculo. Teseo fue uno de los hombres más geniales que el mundo conoció y su gloria posterior es la prueba. La mansedumbre de los suyos lo había arder como una antorcha.

Si pagas el tributo, padre, sólo deberás elegir once. Yo seré el duodécimo.

¡Tú eres mi hijo! ¡Tú serás rey!



Cada uno de los jóvenes que envías también es rey en su hogar y en el corazón de su familia. Yo iré con ellos.



El sorteo se llevó a cabo en el muelle ante los aburridos oficiales cretenses de ojos pintados, entre llantos y súplicas. Los nombres fueron inscriptos en tablillas y colocados en un caldero. La décima fue...

¡Milena!



Así, el destino cambió la trama de su vida de un golpe. Milena de pronto fue lanzada al misterio que la absorbió con una carcajada...



¿Por qué lloras, Milena?

Tengo miedo, Teseo. He oído las leyendas de Creta... El Minotauro, el monstruo, nos devorará... Tengo miedo...



No, Milena. Lo que nos espera es diferente. Lo sé pues he hablado con los tripulantes del barco. Nos llevarán a la Casa del Toro en Creta y nos enseñarán a danzar con ellos...



¿Danzar con los toros?



Sí. Ya lo verás. Y te prometo una cosa: sobrevivir a los toros y a Creta.



La Casa del Toro era un verdadero y gigantesco laberinto y estadio cavado dentro de la montaña y allí vivían centenares de jóvenes enviados como tributo de todas las tierras conocidas.



Allí los dividían en equipos de doce y aprendían el arte de la danza del toro. Eran tratados como príncipes pues eran la ofrenda al dios-toro...



Cada equipo se entrenaba con el gran toro de madera con cabeza mecánica que se levantaba en el centro de la gran arena. Allí aprendían a danzar a su alrededor y a saltar entre sus cuernos, apoyando las manos sobre su lomo y dando una vuelta en el aire, caer de pie tras él.



Milena es la mejor. Ella, Karmonidas y yo seremos los saltarines. Los demás nos protegerán y danzarán...



Milena enrojeció de placer. Era la primera vez en su vida que descubría que era la mejor en algo. Una gota de orgullo le quemó las venas y miró con hambre los cuernos del toro mecánico. Deseó que fuera uno verdadero...



Y llegó el gran día. Los atenienses salieron a la arena danzando como pájaros entre el bramido de la multitud cretense que abarrotaba el estadio. El sol quemaba la tierra y los dioses abservaban desde lo alto...



(Un toro... de verdad...)

Y el toro apareció, bramando y poderoso, el hijo de Poseidón, con los cuernos pintados. Las flores llovían desde las graderías y las sacerdotisas ululaban en lo alto...



Y los atenienses danzaron a su alrededor ligeros como pájaros, rozando los cuernos, evitando las feroces embestidas del animal. Habían olvidado el peligro y estaban embriagados de gloria...



¡Milena!



Era el momento. Danzó en dirección al toro, buscándolo, sintiendo el sol sobre sus hombros y todos los ojos sobre ella. Voló sobre sus pies.



Y volé sobre el toro...



Cuando sus pies tocaron la arena y oyó el bramar de la multitud y la ovación, Milena supo que esto era la gloria.



Continuamente había muertos en la arena. No sólo los danzarines aprendían. También aprendían los toros y se volvían astutos y alevosos. Cada muerto era una ofrenda al dios de Creta y la muchedumbre aullaba y se deleitaba ante el espectáculo de los jóvenes cuerpos ensangrentados y dislocados...



Pero eso no afectaba a los danzarines. Es que un salvaje orgullo dominaba a los mejores, a los que sobrevivían...



Y Milena y Teseo eran los mejores. Ella había cortado sus cabellos y enfrentaba al toro cubierta de alhajas que hubieran empujado a un rey, regalo de sus admiradores. La llamaban Milena, la reina y eso era ella. Reina del Anillo de los Toros, reina de la Danza.



Así pasaron los años. Los jóvenes morían pero Milena y Teseo sobrevivían. Eran leyenda en el Anillo de los Toros y los danzarines los consideraban sagrados y les pedían consejos. Ellos enseñaban a sobrevivir y a danzar...



Milena, ¿has pensado alguna vez en volver a Atenas?

¿Volver a Atenas...? No. Casi he olvidado Atenas...



Pues yo no... Has visto lo que Creta es. Está corrompida y débil. Con mil guerreros yo podría derribarla y convertir a Atenas en la reina del mundo. Tenemos que pensar en la fuga.



Pero, Teseo... ¡Somos danzarines del toro! ¡Estamos consagrados!

Lo sé... pero un día un toro nos atraparà y será el fin. Y yo deseo algo más que eso. ¿Me ayudarás?



Sabes que sí, Teseo.

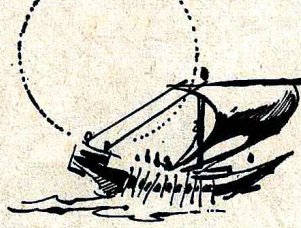
Muy bien. Yo te avisaré si algo se me ocurre.



Y danzó frente a los toros como nunca, resplandeciente de joyas, con su cuerpo duro y espléndido como una lanza y los ojos llenos de la gloria y la profundidad de los dioses y la multitud rugió su nombre hasta que toda la isla tembló.



En esos días llegó un barco a Creta. Un extraño barco guerrero que había aplastado a los piratas de la costa y rescatado a la princesa Fedra, de la casa real de Knossos. Su capitán era... yo. Y conmigo venía mi hermano de guerras, Ur-El, el coloso de Elam.



¿Crees que Teseo aún está con vida, Nippur? Muchos danzarines mueren.

No Teseo. El no morirá. Aún no es su hora.



De todas maneras, el haber rescatado a la princesa nos dará acceso al palacio y tal vez podamos hallarlo.

Y ayudarlo a huir, ¿eh? Todo lo que debemos hacer es olvidar un pequeño detalle llamado Creta, rey y ejército. Una menudencia.



Pero hubo otro detalle. Adriana, la hija de Minos, el rey de Creta. Nadie sabía que las furtivas desapariciones de Teseo tenían un tinte romántico. Ambos se encontraban en las catacumbas del laberinto, ese hormiguero inextricable que Teseo podía recorrer gracias a un ovillo de hilo que había tendido entre el Anillo de los Toros y el palacio...

¿Nippur? ¿Estás seguro que ese es su nombre?



Sí. Es un sumerio. El Minotauro está resentido por la recepción que se le ha brindado.



Ah sí. El Minotauro, el sumo sacerdote... El verdadero amo de Creta. El odia cualquier gloria que no sea la suya. Escucha, Adriana, ¿puedes hacer llegar un mensaje a ese Nippur?



Sí, pero...

Ur-El, Teseo está en la Casa del Toro y desea que lo ayudemos a huir.

Para eso hemos venido, ¿no?



-Pero habrá que cuidarse del Minotauro. El sumo sacerdote desconfía de nosotros.

¿Quieres que te diga cuánto me importa ese payaso con máscara de toro? Nada.



Y en la Casa del Toro, Teseo había reunido a todos los danzarines. Eran un millar de jóvenes duros como cuero, acostumbrados al peligro y a la muerte.

Esta es nuestra oportunidad. Debemos huir de Atenas y volver con ejércitos. Creta no tiene fuerzas y bastará un empujón para derribarla.



Dentro suyo Milena tembló. ¿Atenas? Ese era un mundo desconocido y olvidado. Ella era la danzarina del toro, cubierta de oro y gloria y ovacionada hasta el delirio...



(¿Atenas? ¿Cómo era aquello?)



Una noche abandonamos nuestra residencia y nos reunimos con nuestros marinos todos armados hasta los dientes. Los cielos derramaban cataratas y la ciudad dormía empapada...



A la Casa del Toro.

¿Y allí?

Destruiremos a los guardias. Los danzarines nos ayudarán desde adentro. Han conseguido armas y están listos. Luego huiemos al puerto y nos apoderaremos de los barcos.



Pero el Minotauro no era tonto y nos había hecho espiar sin cesar. Centenares de soldados esperaban sus órdenes alertas día y noche. Fue así que al llegar a la Casa del Toro...



¡A ellos entonces! ¡Arriba, sumerios!



Y desde el interior de la Casa del Toro llegó el grito de los danzarines al enfrentarse a la bestia...



La Casa del Toro tembló en sus cimientos cuando hachas, espadas y flechas danzaron su danza de muerte.



Iluminados por la luz de las antorchas los cuerpos temblaban grotescamente y la sangre corría a torrentes...

El Minotauro estaba allí, con su máscara de oro y su voz ahogada dentro de ella:

¡Que no escape nadie!



No vio a Teseo llegar junto a él hasta que éste tomó los cuernos de su máscara de oro. Hubo un estallido lúgubre...

¡Ahhh!

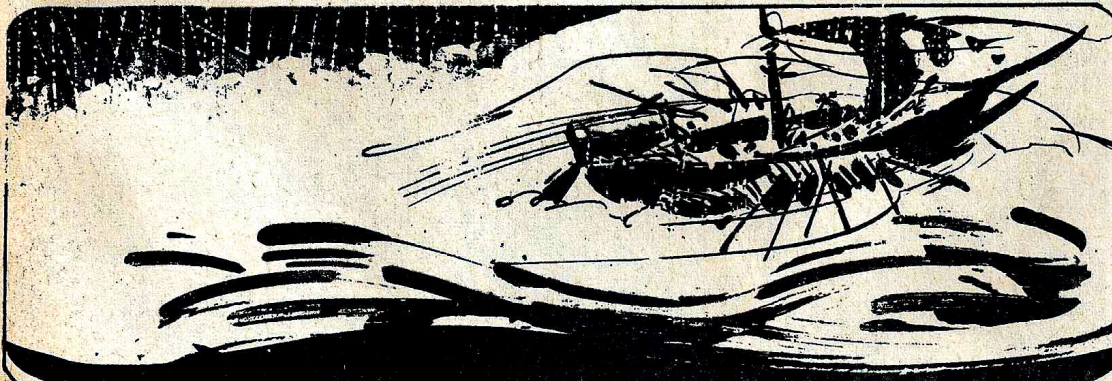


Y en ese momento todo comenzó a temblar. Un profundo bramido pareció brotar de las entrañas de la Tierra. Hubo aullidos espantosos.

¡Un terremoto!



¡Al puerto!



De esa manera abandonamos Creta, mientras la isla hervía en su catástrofe. Nos alejamos en la tormenta, lejos de la isla de los toros. Mucho se ha dicho sobre ello y se asegurará que matamos monstruos inverosímiles, que huímos en el viento y que Poseidón empujó nuestro barco.

¡Lo hemos conseguido!
¡Ahora a Atenas!



(¿Atenas?)

Fueron recibidos con estupor y delirio. No me explayaré sobre los hechos que convirtieron a Teseo en rey del Helesponto. Es Milena quien nos interesa.



Su familia no sabía muy bien qué hacer con esa joven casi masculina, de cabellos cortos y túnica de muchacho, de ojos pintados y alhaja da como un rey, llena de extrañas palabras y extrañas ideas...



¿Por qué te cortaste los cabellos?

Es mejor. Los cuernos pueden prenderse a él.



En fin... Eso ha terminado. Ahora estás de vuelta y nada ha cambiado.



¿Nada? Milena los contempló aturvida. Estaban sentados en la humilde cocina, ajenos a todo lo que no fuera su pequeño mundo de pequeñas cosas. Y en ella aún latía el Anillo de los Toros, el sabor del sol, el olor de la bestia, y la ovación de la multitud...



¿Nada ha cambiado?

En un arcón de madera guardó sus ropas de danzarina y sus joyas. Su familia había tratado de convencerla para que las vendiera y comprara tierras pero ella se negó. Esas joyas eran el resto de su gloria.



(Por lo menos podré mirarlas de tanto en tanto y así sabré que no fue un sueño. Que yo fui la danzarina del toro.)



Ven ahora, Milena. Ayúdame en la cocina.

¿Cocina?



Un mundo de pesadilla se cerró sobre ella. Intentó aclimatarse a esa realidad de sopas y papas y aceitunas y vino y ropas sucias... Su largo paso de danzarina la hacía tropezar con sus largos vestidos y sus manos recias eran incapaces de tejer...



(Oh, dioses... ¡Qué lejos está Creta!).

Milena... Hay algo que debo decirte...

¿Qué...?

Hemos hallado un marido para ti.

¿Un... marido?
¿Quién...?

Licantros, el aduanero.

¿Qué...? ¿Ese saco de grasa? ¿Ese hombrerito repugnante? No lo aceptaría ni...

Yo ya lo acepté. No encontrarás otro... No después de haberme exhibido como una cualquiera en Creta, pintarrajeada y alhajada y las piernas al aire. Deberías estar agradecida de que él cierra los ojos sobre ello y te perdona.

¿Perdonarme? ¡Yo era la danzarina del toro! ¿Y ese hombrerito grasiento me "perdona" por ello?

¡Sí! ¡Y te casarás con él! ¡Es mi orden!

Esa noche Milena comprendió que todo estaba deshecho. Comprendió que su verdadero mundo había perecido en el terremoto de la isla de los toros, junto a su gloria y su felicidad...

(Oh, Poseidón... Yo danced para ti... No dejes que me destruyan.)

Al día siguiente un barco llegó de Creta. Traía un regalo para Teseo. Uno de los toros de la isla, uno de los toros de Poseidón, pero al desembarcarlo...

¡Cuidado! ¡Se ha soltado!

Enfurecido por el viaje y los gritos, el toro cargó ciegamente y abrió un camino de sangre en la ciudad.

¡Ahhh!

Así ganó las colinas y allí esperó, furioso y malévolo. Algunos soldados intentaron capturarlo pero él los aplastó.

El padre de Milena contó la historia por encima de la sopa y habló de docenas de muertos...

Es un mensaje de los dioses.

Milena sonrió y se puso de pie. Sonrió a la pobre cocinera y a esas gentes pequeñas, asustadas por ese animal que a ella le resultaba más comprensible y familiar que todos ellos.

Sí. Es un mensaje de los dioses.

Eh, ¿adónde vas?

En su cuarto, ella vistió la corta túnica, las sandalias con tiras de cuero, sus pulseras y collares de oro, su cinturón de piedras preciosas y pintó sus ojos de negro y azul...

Su padre pareció enloquecer al verla.

¡Estás loca! ¡Vuelve a tu cuarto y...!

Pero no fue su hija la que habló. Fue la danzarina del toro y su voz fue como un latigazo.

¡Apártate!



El toro esperaba bramando y escurbando la tierra con las pezuñas. Era un animal sagrado y la cólera del dios ardía en él.

¡Toro!



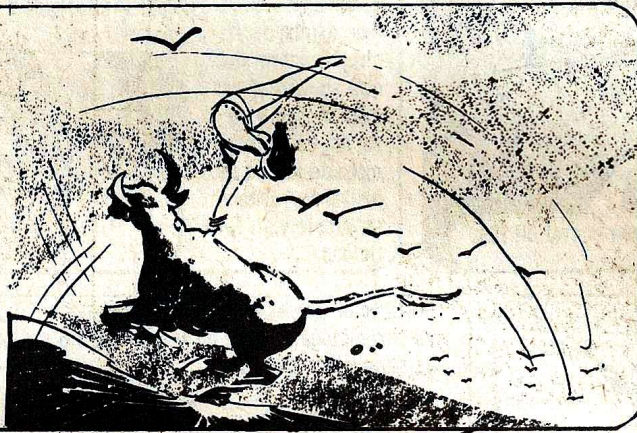
El toro y la danzarina se reconocieron. Eran ambos extranjeros en una tierra desconocida.



¡Toro! ¡Oh, Poseidón! ¡Danza con migo!



Y el toro cargó haciendo temblar la tierra y Milena danzó con él, rozando sus cuernos, trazando círculos a su alrededor. Casi podía oír la ovación de la muchedumbre. Danza, toro. Danza con migo.



Ella estaba de vuelta en su verdadera vida. Esta era su gloria. Esta era su libertad. El cielo giraba en molinetes azules y los cuernos relampagueaban al sol. Te reconozco, toro. Te reconozco, danzarina.



... cruzó los cuernos como un pájaro. Una. Dos. Tres. Cinco. Diez veces. Ebria de júbilo. Audaz como nunca. Sintiendo el pelo áspero y duro bajos sus manos y el aliento de muerte del animal. Toro, oh, toro. Bendito seas. Aquí est oy, muchacha. Danza con migo.



Y al saltar, la gran cabeza negra se movió de pronto a un costado y hubo un escalofriante chasquido y una única, total, fatal, explosión de luz...



¡Ahhhh!

Una sacudida y el cuerpo perfecto, dislocado y ensangrentado fue arrojado entre las piedras. Hubo un sabor de polvo y sangre en su boca...



Esperó el ataque del toro pero nada ocurrió. Con un agónico esfuerzo alzó la cabeza y vio a otro danzarín que jugaba con el toro alejándolo de ella...



Teseo...

Luego se tendió simplemente allí mirando al cielo y oyendo el rumor de su sangre derramándose. Poco a poco comenzó a tener frío...



Milena, ¿cómo estás?

Teseo... tú... tú también viniste a bailar con él... Tú también sentiste la llamada...



-Te llevaré a palacio... Los médicos...

No. Tú sabes que esta es una herida mortal... No... Abázame, Teseo y espera un poco... Pronto terminará...



Oh, Teseo... Todo ha terminado... En Creta tuvimos el honor y la gloria... pero nuestra gente no lo comprendió así. Nosotros estábamos orgullosos de ello... y ellos se avergüenzan de nosotros...



Es mejor que esto termine así... Era el último toro... ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Los dioses fueron piadosos...

Sollozó y las lágrimas trazaron líneas blancas en la pintura de sus ojos. Ya faltaba poco... Ya comenzaba a oír la ovación...

Teseo... Mira... Todos llegan... Todos nuestros compañeros...



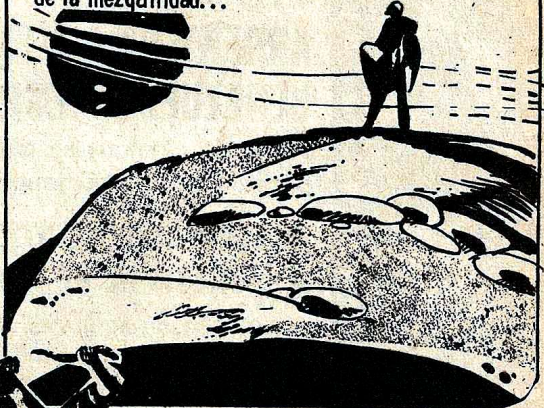
Hoy bailaré como nunca, Teseo... y tú también... Que vean que somos los mejores... Los mejores...

Alzó una mano en el saludo ritual pero en vez de gritar apenas si pudo murmurar:

Toro...



Luego, la danzarina del toro murió. Su familia se avergonzó de su muerte y alguien pronunció palabras duras acerca de mujeres pintarrajeadas y enojadas y Teseo le rompió la mandíbula pero todo eso no fue importante. Ella ya estaba a salvo de la mezquindad...



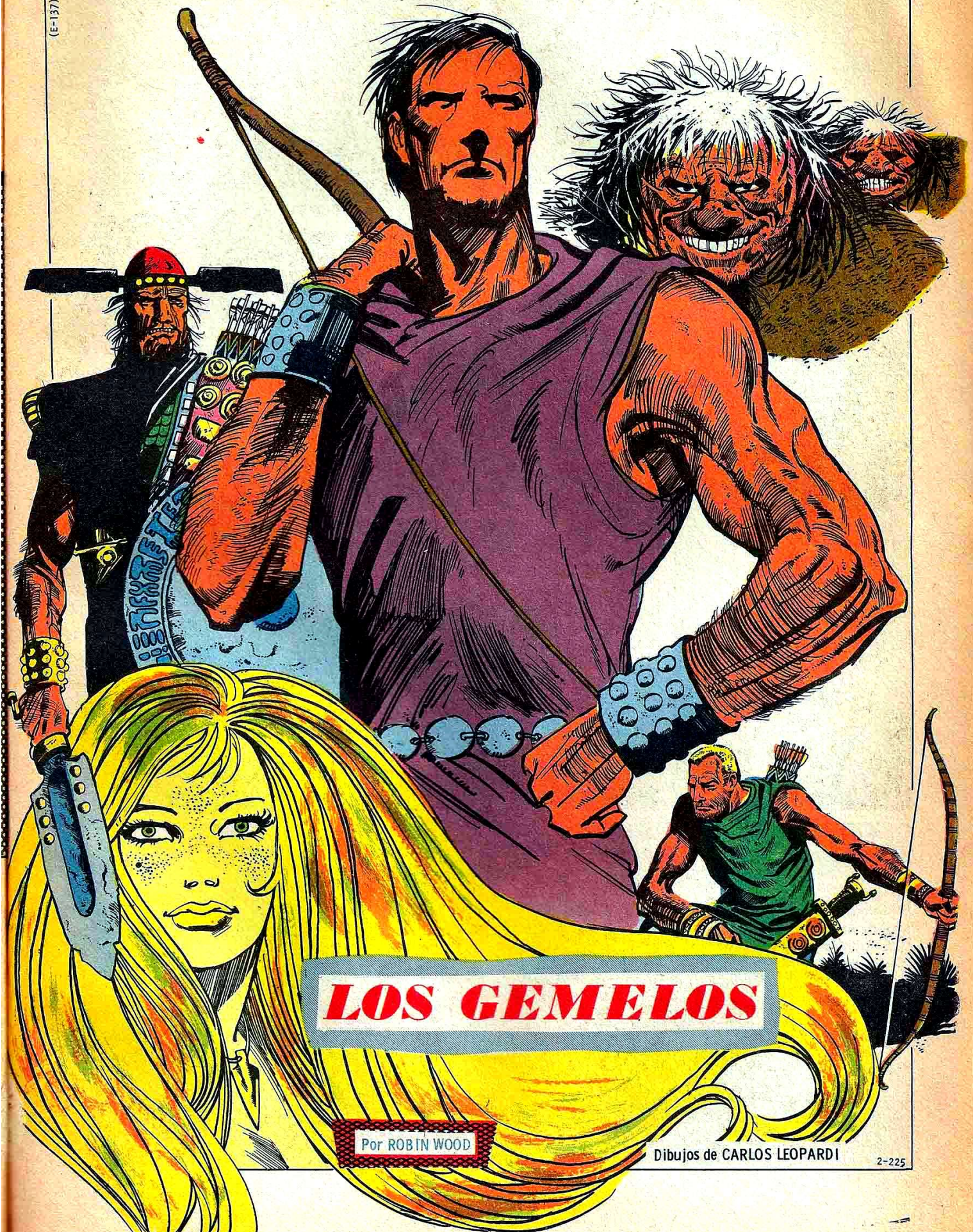
Ella ya danzaba eternamente con los toros celestes de las estrellas, entre una ovación eterna y la lluvia de flores y el sol quemante, reina de la gloria, pájaro de libertad, lejos de los hombres que no la comprendieron, unida con los toros que la liberaron de la miseria.



fin

NIPPUR DE LAGASH

(E-137)



LOS GEMELOS

Por ROBIN WOOD

Dibujos de CARLOS LEOPARDI

El guerrero vaciló y luego avanzó cautelosamente por entre el roquedal, atento pero sin miedo, con la flecha lista en la cuerda del arco. Las rocas estaban frías y había parches de hielo aquí y allá.



(No deben estar muy lejos.)



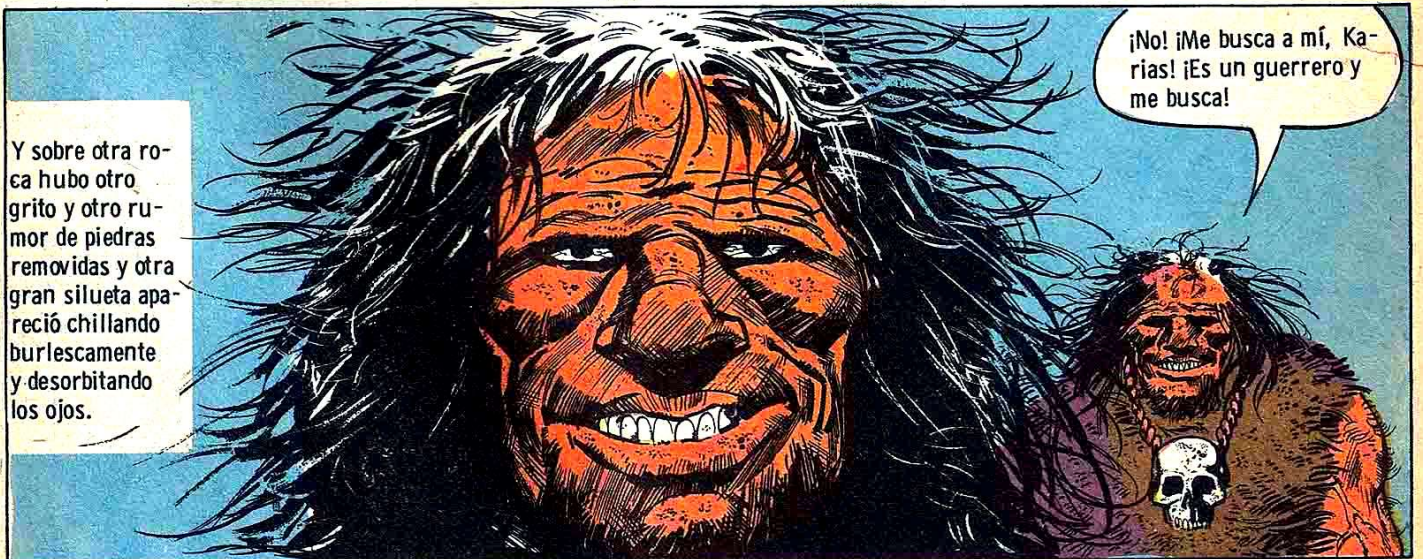
Hubo un terrible grito y un salto y la corpulenta figura apareció en lo alto de una roca sacudiendo los brazos y haciendo grotescos gestos de miedo.

¿Me buscabas, guerrero?



Y sobre otra roca hubo otro grito y otro rumor de piedras removidas y otra gran silueta apareció chillando burlescamente y desorbitando los ojos.

¡No! ¡Me busca a mí, Karias! ¡Es un guerrero y me busca!





Uno de los gemelos se movió con una velocidad prodigiosa. El segundo imitó el gesto aunque sólo hubiera una flecha.



Entre chillidos jubilosos y brincos simiescos, las dos siluetas parecieron volar sobre las rocas. El guerrero supo que el peligro llegaba hacia él y quiso incorporarse.



Pero ya estaban encima suyo. Manos poderosas y velludas y el aliento fétido de las bocas iguales y la fuerza ciclópea aplastándolo contra el suelo.



¿Y nos querías matar con esto?

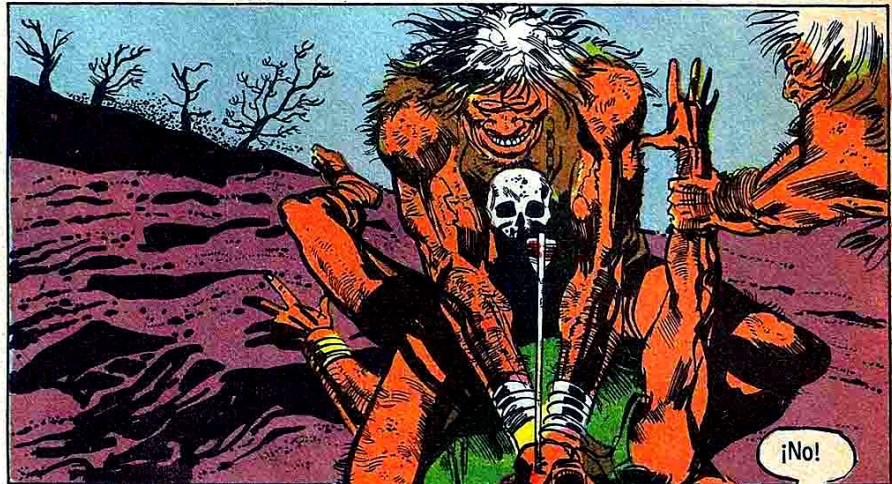
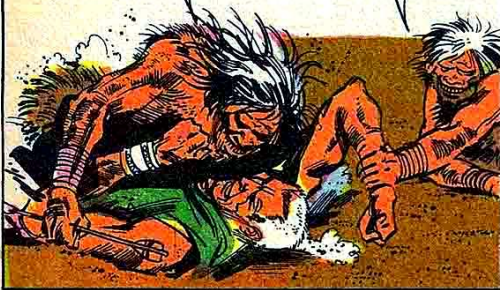
¡Sí! ¡Sí! ¡Quería matarnos con eso!



Las carcajadas ensordecían al guerrero y el peso aplastante de los cuerpos malolientes le cortaba la respiración.

Pero tal vez te mate a ti.

Oh, sí. Tal vez...



¡No!



¡Ahhh!

Las carcajadas siguieron resonando durante largo rato. Los gemelos, aburridos, comenzaron a arrojarse tierra el uno al otro entre chillidos.



El anciano se encogió de hombros. Era un gesto fatalista y sin edad, un pacto desgana-do con el destino invisible.

Los gemelos son invencibles. Todo se ha intentado contra ellos. Su fama atrajo grandes guerreros que fueron a luchar contra ellos. Ninguno volvió.



¿Tan peligrosos son?

Tan peligrosos son. Hay una recompensa de cien piezas de oro por ellos. Todas las ciudades de las montañas la han ofrecido.



Miré las estribaciones rocosas que se perdían en escalones eternos en el cielo, como si buscaran el secreto de los dioses. Mi viejo amigo siguió mi mirada y asintió.

Sí. Tal vez un día deberíamos subir por esas montañas y preguntar a los dioses el por qué de tantos horrores.



Hace diez lunas trajeron el cuerpo de Kudiarim, el alegre, el guerrero de las flechas de punta de oro. Lo mataron con una de sus propias flechas. Los gemelos aman las burlas sangrientas. Kudiarim era el último que intentó acabar con ellos. Nadie más volverá a intentarlo.



A menos que tú...



A mi pesar tuve que reírme. Apreciaba al anciano pero lo sabía inescrupuloso y sutil, dispuesto a recurrir a cualquier argucia para conseguir paz para esas ciudades a las que había dedicado tantos esfuerzos.

No, anciano. Estas no son mis ciudades ni me interesa el oro. Yo no mato por justicia. Yo trato de no matar a nadie, simplemente.



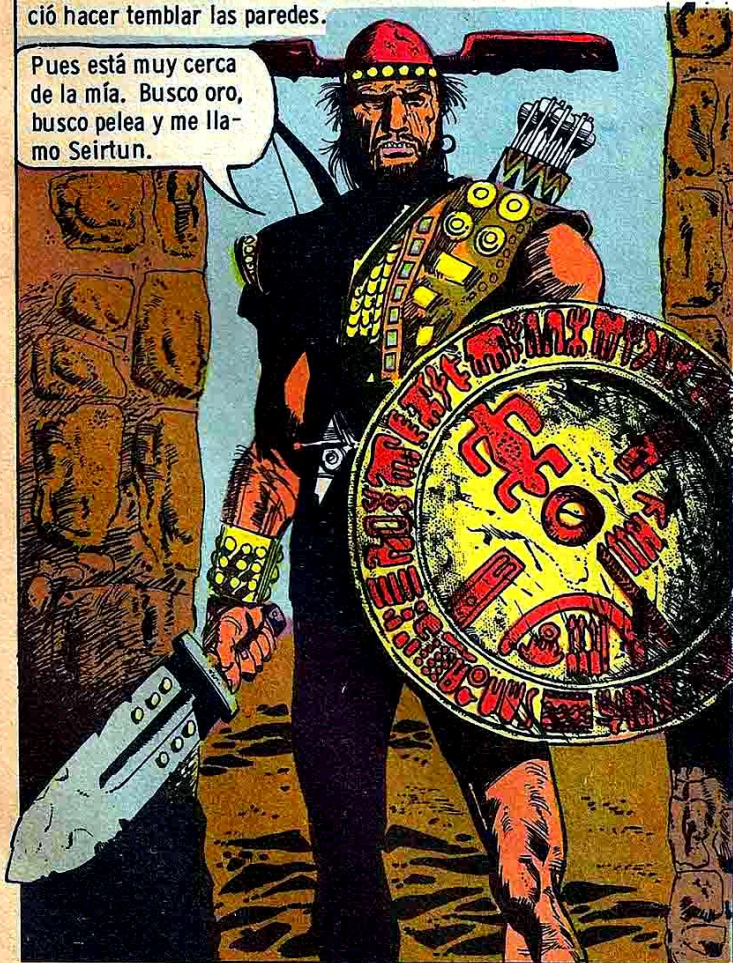
Extrañas palabras viniendo del más famoso guerrero de Sumeria.

El perro aúlla cuando le pisan la cola. Yo peleo por la misma razón. Y mi cola está lejos de los pies de los gemelos.



En ese momento una voz nos interrumpió. Era un vozarrón que pareció hacer temblar las paredes.

Pues está muy cerca de la mía. Busco oro, busco pelea y me llamo Seirtun.



No hacía falta que dijera más. Seirtun, el gigante del Baranum, arrastraba tras sí una pavorosa leyenda de lanzas y guerras, añoras de vino y mujeres sollozando sobre cadáveres sin orejas.

Háblame de los gemelos. Los iré a buscar.



Y otra voz nos interrumpió.

Y yo también.



La belleza de la joven hizo vacilar hasta al anciano. Vestía con sencillez y llevaba pulseras de oro.

Supongo que bromeas, muchacha. Los gemelos son...

Sé lo que ellos son, anciano. ¿Quién no lo sabe? Dime dónde se hallan, eso es todo.



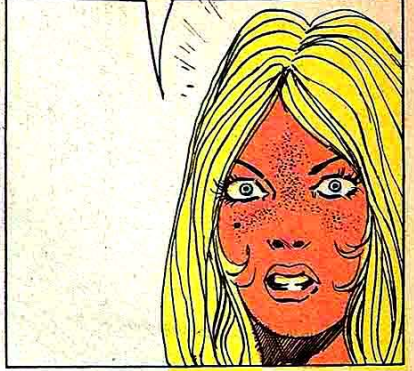
El estupor fue único y por primera vez desde que conocí al anciano lo vi perder su impassibilidad.

Pero... ¡es una locura! ¡Ella...!



El rostro de la muchacha se endureció.

Cuando acabes de decir tonterías, háblame de los gemelos.



Sí. Estoy esperando por ello.

Seirtun aprobó con la cabeza y se rasgó los brazos. En su cerebro simple de guerrero ya había descartado a la mujer. Ahora pensaba simplemente en los gemelos y en las cien piezas de oro.



Los vimos alejarse rumbo a las montañas. El gigante guerrero en su caballo y la hermosa joven de rostro impenetrable a pie. Ambos en busca de los gemelos.

¿Qué opinas, Nippur?



No sé. Algo muy extraño ocurre aquí.

Lástima que no puedas ver el desenlace. Como te vas...



Me hice el tonto.



Oh... Tal vez no me vaya aún. No tengo apuro.

El resto es sabido por todos pero las leyendas retorcieron la verdad y la convirtieron en un caballo de ocho patas. Lo que yo cuento es lo que oí y vi, nada más. El guerrero y la muchacha subieron a los negros roquedales donde vivían los hermanos terribles.



Allí, ella encendió una hoguera enorme y esperó.

(Vendrán. El fuego los atraerá.)



No se equivocó. Emergieron de la noche como dos sombras de horror. La debieron acechar durante horas para asegurarse que no era una emboscada.

Una mujer, ¿eh?

No intentes huír, hermosa. Sería...



No intento huir, hombres. Me llamo Daraida y he venido aquí a buscaros. He venido a ser vuestra esclava.



Los gemelos cambiaron miradas estupefactas. Codiciaban a la hermosa joven pero, recelosos como fieras, desconfiaban de su tranquilidad.

¿Por qué?

Porque sois los señores de las montañas. Sois los más temibles. Por eso.



Seguían dudando pero la codicia era demasiado fuerte. Cambiaron otra mirada y se pusieron de pie.

Síguenos.



Seirtun, el guerrero obró con inteligencia. Se movió solamente de noche con calzado de piel de oveja para no dejar rastros y alimentándose de carne seca para no encender hogueras. Buscó huellas y trazó planes.



Los gemelos vivían en una gran caverna en lo alto de las montañas, enorme como un palacio, hedionda y sucia, con pirámides de oro y bronce en los rincones y restos de comida pudriéndose en el suelo.



Cocina para nosotros. Tenemos hambre, pero tú probarás la comida antes que nosotros.

Ella no volvió a decir una palabra desde que pisó la cueva. Sumisamente cocinó, limpió, acarreó agua, leña, vino... Su voluntad parecía haberse disuelto en humo.



Los gemelos estaban encantados de esta extraña novedad y en un principio se divertieron en su cruel manera.



La muchacha jamás hablaba y las humillaciones parecían no afectarla. Sus hermosos vestidos se fueron convirtiendo en jirones y su cabello se volvió gris de polvo. Sus manos se deformaron y sangraron cociendo y fregando. Y nunca dijo una palabra.



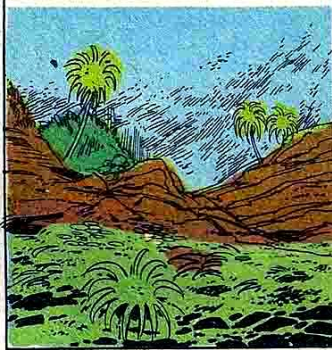
Entonces Seirtun entró en acción.



Pero ese instinto que todos aseguran que era regalo de los demonios actuó otra vez.



Y de pronto ya no estaban allí, como si nunca hubieran existido.



(¿Dónde se han metido?)



La muchacha alzó su rostro hacia las rocas y meneó la cabeza lentamente como para sí misma.



Seirtun observó a su alrededor pero todo estaba muerto. Nada se movía y en sus oídos aullaba el viento. Descubrió que tenía los labios resecos.



Y de alguna parte entre las rocas se oyó una carcajada. Luego fue un silbido. Luego un insulto atroz. Otra carcajada.



(No me harán poner nervioso. Esperaré hasta que...)

Algo cayó junto a sus pies.



No comprendió lo que era hasta que las avispas se lanzaron sobre él como una nube negra e hirviente.



Quedó allí, semiderrumbado contra una roca, flácido y atónito, rodeado de las furiosas avispas negras y perseguido hasta en su muerte por las carcajadas delirantes de los gemelos.



Esa noche los gemelos se embriagaron bestialmente para festejar la nueva victoria. Al cenar, la porción que uno de ellos recibió fue mayor que la del otro.



¡Perra! ¿Por qué le das a él más que a mí? ¡Te voy a...!



¡Quieto! ¡No la toques!

¡Apártate o te...!

Por un instante se acecharon el uno al otro como fieras mostrándose los dientes. Luego, poco a poco se calmaron, pero esa noche comieron apartados el uno del otro.





Y ella se sentó a los pies de uno de ellos. Había lavado su rostro y sus cabellos y su belleza resplandecía nuevamente como una estrella y el elegido se esponjó de placer y de vanidad.

El otro devoró su comida con los ojos negros de cólera.



Desde ese día se midieron en un absurdo duelo sin palabras. Uno, adorado y servido por la muchacha y el otro, desdeñado y olvidado, rumiando su rabia y su resentimiento.



Otro guerrero vino a luchar con ellos. En otra época lo hubieran matado fácilmente pero el maravilloso lazo de unión entre los gemelos se había roto. Ambos volvieron heridos. El guerrero, aunque malherido pudo darse a la fuga.



¿Mía? ¡Desde que te emobaste con esa perra ni eres capaz de distinguir el cabo de la punta de tu lanza! ¡Harías mejor en quedarte a cocinar con ella!



Cuidate la boca, perro. Hermano o no te la cortaré si me hablas así.



Ahora había odio entre ellos. Sólo un terrible instinto de conservación y la conciencia de que la destrucción de uno significaba la destrucción de ambos evitaba el choque mortal.

Y la joven parecía más y más hermosa cada día. Se esmeraba en serlo y su favorecido parecía ciego y sordo junto a ella y comenzaba a alejarse de la cueva de mala gana. Su hermano en cambio desaparecía todo el día y volvía al anochechar para comer.

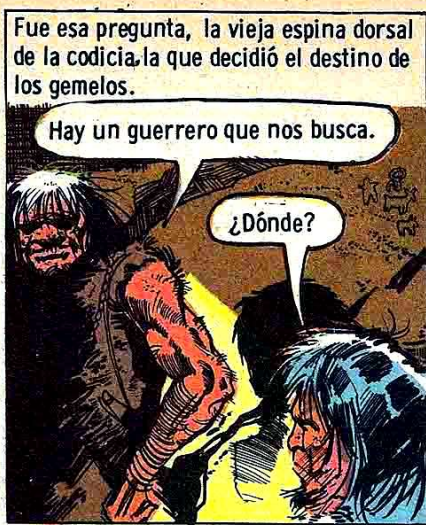


Pero él también comenzó a advertir esa belleza brillante en la caverna y comenzó a perseguirla con ojos furtivos.





(¿Por qué él y no yo...?)



Fue esa pregunta, la vieja espina dorsal de la codicia: la que decidió el destino de los gemelos.

Hay un guerrero que nos busca.

¿Dónde?



Acampó junto al roquedal negro. Podremos atraparlo mañana al amanecer.

De acuerdo,

Esa noche, la tensión entre los gemelos se aflojó y comieron y bebieron sin recelos. Hasta se permitieron algunas carcajadas. La muchacha no despejó los labios.



Al día siguiente fueron a buscar al guerrero. Era un día de calor horrendo y las dos siluetas desprendían un acre olor a bestia.



No lo veo.

Estaba aquí.



No hay huellas. Nadie ha pasado por aquí en mucho tiempo.



De pronto una luz de sospecha se encendió en su cerebro.

¿Acaso...?

El lanzazo lo golpeó en mitad de la espalda como un ariete y lo derribó en el polvo.



¡Ah!



Bastardo.

Un pie de hierro le aplastó la nuca hundiéndole la cara en el polvo y la lanza continuó golpeando hasta que no hubo un soplo de vida en el cuerpo ensangrentado.



Ahora sí. Ya no me detendrás más.

Alzó la vista hacia la cueva lejana.

Ahora ella es mía.



¡Es mía!

Entonces sintió el dolor.

Pero...



Debo haber comido algo que...



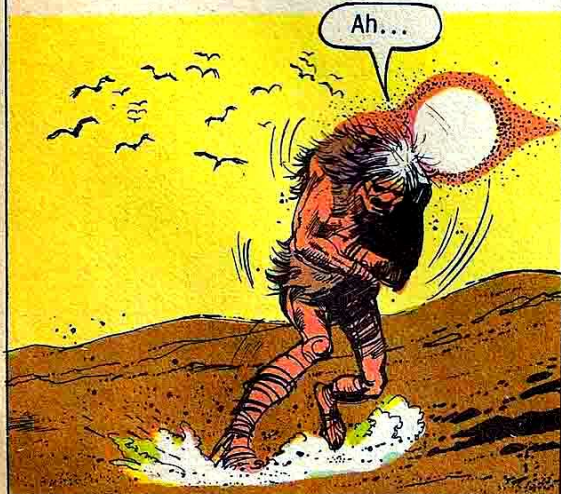
Siguió su marcha. La cueva ya estaba cercana y sentía la alegría quemarle las venas. Había ganado a la mujer.

(La he ganado.)



Esta vez el dolor fue agudísimo y lo hizo doblarse en dos con un grito ahogado.

Ah...



(Hay algo que me quema el vientre...)



(Y tengo sangre en la boca... como... como... ¡Como si estuviera envenenado!)



Y entonces comprendió.

¡Perra! ¡Me las pagarás! El vino... anoche... Ella no lo probó.



La muchacha estaba de pie ante la cueva cuando él apareció viniendo del roquedal. Las puñaladas del dolor eran ahora atroces y horizontes de hielo se perfilaban ante sus ojos. Ahora ya sabía que una muerte única y total crecía dentro suyo como una planta venenosa.



Pero ella... ella vendrá conmigo.

Vendrá conmigo... Sí.



Ahhh...



Y entonces supo que ya el camino había terminado para él. Ya no quedaban más abismos que saltar pues ya se precipitaba en uno de ellos, el más profundo de todos, el más negro, el último.



La joven frente a la cueva lo observaba morir sin parpadear.



Aquí tienes las cabezas, anciano.



El anciano suspiró de placer. Era otro peligro contra las ciudades que había sido destruido. Eso era lo único importante para él.



Aquí tienes el oro, mujer.

Ella ni lo tocó. Parecía muy cansada ahora, menos joven y con esa expresión derrotada de los que no saben qué camino seguirán. O tal vez de aquellos que no desean seguir ninguno.

Repártelo entre los pobres de tu ciudad. Yo no lo quiero.



Pero...

Pero... entonces..., ¿por qué lo hiciste?



Ese es mi secreto.

Me adelanté hacia ella y con delicadeza tomé el pequeño amuleto que colgaba de su cuello.



Es una flecha de oro, ¿verdad?

Sí. Es una flecha de oro.



Se alejó y se fue. Ni el anciano ni yo supimos nada más acerca de ella. Nadie supo jamás su nombre y durante muchos años se hicieron sacrificios en su recuerdo. Las mujeres de las ciudades se volvieron orgullosas y se burlaron de los hombres. Y el anciano se dedicó a destruir otros peligros y todo el mundo olvidó a los gemelos.



O tal vez no todos. Tal vez alguien los recuerda aún. Tal vez, ese alguien, en noches de pesadilla los verá aún encaramar sus fantasmas en los roquedales y gritar desde las gargantas de las hienas. Espero que no sea así..., pero es posible.



Fin